

1

EL ESPIRITU NUNCA MUERE


escalofríos
de
TERROR
RIP

RALPH BARBY

EL ESPIRITU NUNCA MUERE

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 1

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-003-7
Depósito Legal: M-8992 - 87

1ª edición: mayo 87

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

Imprime LIFUSA
Esplugues - Llob

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El retrato

El vehículo era una desvencijada furgoneta que tenía dificultades para ponerse en marcha, dificultades para rodar, dificultades para conseguir velocidad y dificultades para frenar.

Se detuvo frente al establecimiento de un marchante en pinturas. El escaparate tenía como fondo unas cortinas de terciopelo rojo y un cuadro colgaba delante de ellas. El pintor había impresionado en aquel oleo a una mujer desnuda y muy bella.

Había otros pequeños retratos de personas que podían estar vivas, encargos efectuados por un pintor retratista que debía pagar una jugosa comisión al propietario del establecimiento por aquella especie de publicidad-exposición.

Hugo Denicher puso el freno de mano y miró hacia el establecimiento de pinturas, dubitativo. Al fin, se decidió.

Del interior de la desvencijada furgoneta sacó un cuadro de considerables dimensiones, mediría unos dos metros por uno y estaba envuelto en papeles de modo que no se podía ver lo que había pintado en él.

Cargado con el cuadro, Hugo Denicher, que era un hombre torpón, de caminar campesino y manos toscas y rugosas por la acción del aire frío y del agua, empujó la puerta de cristal y se internó en el establecimiento que estaba repleto de cuadros y molduras para marcos.

Siguiendo un corredor, se llegaba a una sala de exposiciones en la que en aquellos momentos se estaba trabajando y de la cual brotaban distintas voces.

Un timbre conectado a la puerta había advertido de la llegada del visitante y el propietario de la galería salió a recibirle.

Hugo Denicher fijó sus ojos en el marchante, un tipo no demasiado alto y vestido con sofisticada elegancia, pero tenía un abultado vientre que rompía la estética de su indumentaria.

—¿Adónde va con eso? —preguntó con cierto desdén.

—Quiero que lo vea —pidió el zafio campesino, que todavía llevaba barro seco pegado a sus zapatos.

El negociante en pintura puso cara de pesar, de dudas. Al fin, preguntó:

—¿Es un cuadro?

—Claro que es un cuadro.

—Ya, naturalmente —aceptó el marchante, como dándose cuenta de que había soltado una estúpida perogrullada.

—Véalo.

—¿Quién es el pintor? —inquirió, sin atreverse a preguntar si el artista era el mismo hombre que cargaba con el cuadro.

—Yo no soy, no sé pintar.

—¿Quién es el pintor? —insistió.

—Un joven, un joven que sabe mucho de esto —se atrevió a decir el campesino con cierto nerviosismo.

Hugo Denicher se apresuró a quitar el cordel que sujetaba los papeles que envolvían al óleo que estaba sin enmarcar.

El negociante en pintura quedó perplejo ante lo que veía.

El cuadro reflejaba un hombre a tamaño natural, pero no era un hombre vulgar, era un hombre de aspecto maligno. Vestía unos calzones rojos ajustados a su cintura, cadera y piernas y llevaba una ostentosa capa sobre los hombros desnudos de otras ropas. La capa se cerraba en el pecho con una gruesa cadena que parecía de oro.

El personaje tenía una sonrisa perversa y sus ojos no eran los normales de un ser humano. Eran ojos de felino, con los iris amarillos y en vertical y sus cabellos eran rubios, lacios y brillantes como oro en el que se reflejaba el sol.

—¿Quién es este extraño personaje? —preguntó el negociante en pintura.

Hugo Denicher sólo pudo responder:

—Un amigo del pintor.

El marchante se fijó en una especie de medallón que servía de

broche a la cadena de la capa. En el broche había una letra, era la L. Buscó la firma y la halló casi junto al pie desnudo del misterioso personaje.

—Alain Boese —repitió como pensativo—: Alain Boese… No he oído ese nombre antes, no me interesa, es un perfecto desconocido.

—La pintura es muy buena. Además, él no se llama así, ése no es su nombre.

—¿A quién te refieres?

—Al pintor, *monsieur*. Se llama Michel Zalaboi.

—¿Michel Zalaboi? Tampoco le conozco y no suelo comprar cuadros de pintores desconocidos. Por cierto, ¿estás autorizado a venderlo?

—Sí, claro que sí. Él vive en la casona, no sale de allí, por eso lo he traído yo en la furgoneta.

—¿Y por qué no ha venido él personalmente? Todos los pintores van con su cuadro bajo el brazo.

El campesino no respondió.

—¿Y quién es el personaje aquí pintado?

—No lo sé, Michel siempre pinta cosas extrañas. Yo no sé nada de pintura, pero sé que pinta muy bien.

—¿Ah, sí, y cómo lo sabes? —preguntó el marchante con aire escéptico.

—Porque cuando miro el retrato, me coge frío y miedo.

El propio marchante sintió un leve estremecimiento y al notarlo, gruñó:

—Siempre dejan las puertas abiertas. —Miró la puerta y la vio cerrada.

—Usted lo compra y luego, lo vende, y si lo vende bien, yo le traeré más.

—No sé, no sé, esto no interesa a nadie.

—¿Cuánto me da por él?

—Pues, no sé —siguió dubitativo—. Además, es que lleva una firma que no corresponde a lo que me has dicho.

—Son extravagancias de Michel, *monsieur*.

—Espera un momento.

El marchante fue a su pequeño despacho y allí buscó un tomo de biografías de pintores. Era una enciclopedia muy completa sobre los pintores habidos a lo largo de la historia. Buscó en la letra B y al fin

encontró lo que buscaba.

—Boese, Alain, nacido en el año mil seiscientos trece…

Allí no constaba la fecha de la muerte, era como si se le hubiera dado por desaparecido.

El marchante regresó junto al campesino que sostenía el lienzo y le dijo:

—¿Sabe ese pintor amigo suyo que falsificar cuadros está penado por la ley?

—¿Falsificar? No falsifica, los pinta él, son suyos.

—Sí, pero la firma no es suya.

—¿La firma? Bueno, es que se cambiará el nombre, otros lo hacen, ¿verdad?

—Mira, puedes dejar el cuadro aquí y volver dentro de una semana, para entonces ya veré lo que he decidido. Ahora, tengo entre manos la inauguración de una exposición muy importante y eso implica mucho trabajo. Vuelve dentro de una semana y ya veremos a qué acuerdo llegamos.

—No, si no me lo compra, me lo llevo a otra parte.

—Bueno, bueno, puedo darte una cantidad como depósito, no puedo hacer más. Esto es una galería muy importante y la verdad es que no atendemos a los noveles.

—¿A los noveles?

Ante la perplejidad que reflejó el rostro de aquel campesino de aspecto sucio y zafio, el marchante explicó:

—Quiero decir a los novatos, a los que empiezan.

—¿Cuánto me va a dar?

—Cien francos.

—¿Cien francos, solo?

—Como depósito es mucho. La semana que viene hablaremos de precio, si es que me interesa, claro.

—Deme los cien francos.

El marchante sabía que los cien francos ya los valía la tela y las pinturas, pero estaba acostumbrado a pagar miserablemente a los artistas, a menos que éstos tuvieran ya mucho prestigio, en cuyo caso, le hacían ceder a él. En compensación, se vengaba con los que no tenían nombre ni poder.

—Bien, es mucho pero me arriesgaré.

—Y dentro de una semana —el campesino dudó como no

atreviéndose a preguntar. El marchante le miró inquisitivo y casi intimidatorio—. ¿Cuánto, cuánto me podría pagar?

—Eso, no se sabe, es muy difícil valorar un cuadro. Si este retrato lo hubiera pintado un Greco, valdría millones. En cambio, pintado por un novato, para que usted lo entienda, cien francos es demasiado. Muchos pagarían, óigalo bien, pagarían por tener uno de sus cuadros en mi galería.

El campesino tomó los cien francos casi de un zarpazo. Se los guardó y se dirigió hacia la puerta de cristal cuando por ella entraba una joven hermosa y de caminar elástico. Tenía una elegancia innata, sin ser cursi ni anticuada.

Ella y el campesino se cruzaron, ambos ofrecían un gran contraste. La joven de cabellos castaño rojizos y ojos verdes, avanzó hasta el marchante y le besó en la mejilla.

—Hola, tío. —Miró el retrato—. Hum, qué óleo.

—¿Te gusta?

—Me produce estremecimientos.

—Sí, eso es lo que causa este retrato al mirarlo. Ese siniestro personaje parece estarte mirando con ojos de felino. MI opinión de experto es que quien ha pintado este lienzo es un artista; sin embargo, no creo que haya nadie que se atreva a comprarlo para colgarlo en su casa.

—Da miedo, ¿verdad?

—Supongo que a unas personas les dará más miedo que a otras. Parece que nos esté vigilando y que se sonría de nosotros, está como vivo.

—A mí me parece, me parece…

—¿Qué te parece? —inquirió el marchante.

—El retrato del diablo.

—¿Así lo ves tú, Denise?

—Es que, es tan real, tío.

En aquel momento se escuchó un ruido estremecedor, luego un fuerte sonido y un continuado sonar de cláxones.

—Creo que afuera ha pasado algo —opinó el marchante, saliendo a la calle seguido de su sobrina.

Un camión acababa de colisionar y aplastar a la desvencijada furgoneta.

—¡Dios mío, es él!

—¿El, quién? —preguntó Denise que se hallaba a su lado.

Como un curioso más, el marchante se acercó para ver el resultado de aquel accidente ocurrido en una calle del gran París.

El campesino que había llevado el cuadro estaba con los ojos abiertos y sangrando por la boca. Aún vivía, parecía querer decir algo, pero por su boca sólo salía sangre. El camión le había reventado las vísceras.

—¡Sáquenlo, sáquenlo de ahí dentro! —gritó alguien.

—Imposible —respondió un taxista que se había acercado a ver lo ocurrido—. Está atrapado entre los hierros, habrá que cortarlos.

—¡Se ha puesto delante, se ha puesto delante! —gritaba el camionero—. ¡Estaba como ciego, se ha puesto delante de mí, no he podido evitarlo!

—Por favor, abran paso, abran paso —pidió un gendarme.

—Es horrible, tío.

—Vamos, Denise, este hombre acaba de morir.

Y así era. Los ojos del campesino que acababa de vender el retrato del diablo pintado por Alain Boese se habían vidriado ya.

CAPÍTULO II

Ocho años antes de la muerte de Hugo Denicher

El camino, más que malo, era pésimo, desagradable, un camino que jamás nadie había pensado en asfaltar y en el que habían quedado marcadas las rodadas de carros que habían pasado por allí durante siglos, carros que hacía décadas ya no circulaban.

Gilbert Zalaboi conducía su automóvil con cuidado. La suspensión hidroneumática había alzado los bajos del coche los centímetros suficientes para poder circular por aquel camino, siempre que no cometiera alguna torpeza y una piedra quedara bajo el motor, averiándolo.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó su esposa, que viajaba en el asiento del copiloto.

El matrimonio Zalaboi era ya cincuentón. Vivían muy preocupados de sus personas, de sus indumentarias y de su coche, de la imagen que podían ofrecer al mundo.

Madame Artemise estaba muy inquieta, temía que el automóvil se quedara parado allí, en medio del bosque, y después vendrían las dificultades para salir de aquel lugar que les parecía el fin del mundo pese a hallarse en el norte de Francia.

—Vaya sitio que escogieron tus antepasados para vivir —gruñó Gilbert Zalaboi.

—Hum, yo tengo antepasados ilustres, mientras que tú, vete a saber quiénes fueron.

—Bueno, bueno, mi familia es importante en la Gascuña.

—No tanto, Gilbert, no tanto. Serías incapaz de reconstruir tu árbol genealógico más lejos de diez generaciones.

—¿Y diez generaciones te parecen pocas?

—Mi familia tiene más abolengo.

—Está bien, está bien, lo que tú quieras, pero pronto se hablará y mucho del apellido Zalaboi. Uf, ya he pasado ese maldito bache, pensaba que íbamos a quedarnos ahí clavados. No sé cómo se las arregla Hugo para pasar por aquí con la furgoneta.

—Él está habituado a estos caminos.

—Tengo hambre —se quejó el chico que viajaba en el asiento posterior junto a la mujer que le cuidaba. El muchacho hablaba con dificultad.

—Ya comerás luego —replicó Gilbert Zalaboi.

—Hazlo callar, Cassandre —pidió *madame* Artemise.

Cassandre abrió su bolso y del interior del mismo sacó un caramelo que metió en la boca del muchacho, un muchacho sin duda alguna especial, con el síndrome de Down, de los vulgarmente llamados mongólicos por sus rasgos físicos aparentes, pues nada tenía que ver un hijo de la Mongolia con los seres humanos que padecían aquella enfermedad congénita.

—A ver si así se calla —dijo *madame* Artemise—. Es un calvario tener un hijo así. Dios se podía haber apiadado de él al nacer.

—De él o de nosotros —dijo Gilbert Zalaboi—. Por cierto, ¿cuántos subnormales ha habido en el árbol genealógico de tu familia?

—Gilbert, no empieces, conseguirás molestarme y ya estoy bastante nerviosa por culpa de este camino y veo que se nos va a hacer de noche.

—Podremos dormir en la casona, Hugo sabe que llegamos hoy.

—Ya tengo ganas de estar de regreso en París.

—Pues, hay un buen trecho hasta aquí. Primero la autopista, luego la carretera y después, este camino infernal que nadie ha utilizado desde el tiempo de las cruzadas. Con razón tu familia terminó marchándose de aquí.

—No se marcharon del todo, utilizaban la casona como residencia de verano.

—Supongo que tus antepasados la utilizarían para esconderse de la justicia.

—Estás muy sarcástico hoy, Gilbert.

—Mira, hierba, parece que el camino se hace más bueno. Le

daré un poco de gas.

El automóvil avanzó con mayor rapidez por el sendero ahora cubierto de hierba. Cruzaron por el interior de un espeso bosque por un camino llano que luego descendía y pudieron verla a la luz del atardecer.

—Ahí está la casona.

La casona era grande, oscura. Levantada en piedra y madera, más parecía un pequeño castillo con un muro circundándola, lo que no era normal en las casas de campo.

Posiblemente aquella casona debía haber servido de refugio contra los bandidos. Una historia larga y oscura debía haberse tejido entre sus muros.

La verja estaba abierta y cruzaron por ella sin problemas.

Un pequeño ejército de ocas blancas se alejó graznando, como ofendidas por la presencia de lo que consideraban intrusos.

Gilbert Zalaboi tocó el claxon varias veces consecutivas y después se detuvo frente al zaguán de la casa.

—La verdad es que me parece más lúgubre que la otra vez que la vi hace años.

—No es lúgubre, es que ya es tarde y no le da el sol —objetó *madame* Artemise.

—Cassandre, saca a Michel y enséñale las ocas.

—¿Las ocas, *monsieur*? —preguntó aquella mujer, medio criada y medio enfermera, que se encargaba de atender al muchacho mongólico.

—Sí, las ocas. ¿No teníais ocas en tu pueblo?

—Sí, *monsieur*, las había, pero Michel no las conoce y puede asustarse, son muy ariscas.

—Pues, enséñale a tratarlas. Va a vivir aquí algún tiempo y es bueno que se haga amigo de los animales, van a ser su entretenimiento. Vamos, vamos, afuera, que se mueva, aquí tiene mucho espacio para moverse. Como en esta casa, no va a estar en ninguna parte.

Cassandre suspiró y sacó a Michel del coche, aunque el chico se resistía, pues había cogido cierto miedo al rebaño de ocas que graznaban.

Cuando vieron a Cassandre y al chico alejándose del coche, Gilbert Zalaboi suspiró.

—Creo que hemos dado con el lugar idóneo. El no notará que la casa es lúgubre, sólo verá mucho espacio para moverse. Encontrará insectos como saltamontes, cucarachas…

—No digas eso, Gilbert, ya sabes que le gusta aplastarlas.

—Hum, pues, como a mucha gente. Si no tuviera esa malsana intención de comérselas luego…

—Me da miedo dejarlo solo aquí.

—No estará solo, mujer, estará con Cassandre y Hugo, que es quien mejor conoce este lugar.

—Me temo que Cassandre no va a durar mucho en este empleo, me ha puesto demasiadas objeciones.

—Le aumentaremos el sueldo, verás como lo arreglo. Sigo opinando que éste es un buen sitio para Michel. Es mucho mejor que cualquier centro para subnormales, porque todos no están en las mismas circunstancias. Michel tiene buena movilidad, puede controlar sus necesidades fisiológicas, incluso habla, un poco mal, pero habla, y hasta llega a hacer algunos trabajillos, por eso le hemos traído juegos adecuados a su nivel de inteligencia para que aquí pueda entretenerse.

—Estoy de acuerdo contigo, Gilbert. Nos espera una vida intensa, muy intensa, tienes un gran porvenir político. Vas a quedar incluido en los primeros lugares de las listas de votaciones, pronto te veré en el palacio del Elíseo.

—Sí, no podíamos vivir arrastrando a Michel por todas partes, tratarían de hacerle fotografías. Ya sé que otros políticos tienen hijos en condiciones semejantes, pero sería un problema.

—Creo que la decisión de tenerlo en la casona es lo mejor, y si alguien pregunta por él alguna vez, responderemos que está en una propiedad idónea para él, nada de centros donde los niños subnormales se almacenan como muebles molestos e inservibles. Incluso, se le pueden hacer fotos con las ocas, con un caballo o algo así por si es necesario mostrarlas en alguna ocasión.

—Me parece una buena idea. Por supuesto que no hay que negar la realidad, porque cuando las mentiras se ponen al descubierto, para un político son peor que la dinamita.

—Hemos hecho por él todo lo que se ha podido y seguiremos haciéndolo, aquí estará bien atendido. Mantenerlo en la casa de París nos impedía celebrar fiestas y recepciones y vas a tener que

recibir a mucha gente, a la prensa.

—Bien, ya está decidido. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí, pero la decisión está tomada. Ahora, veamos cómo está la casa. Si hace falta, mandaremos a unos albañiles y material para reparar lo que no esté en condiciones.

—Por supuesto. Ah, Pobrecito, si Dios quisiera llevárselo consigo, sería lo mejor para él…

—Antes, morían jóvenes, pero hoy día, hasta ellos han prolongado su promedio de vida. Ahora, veamos cómo está la casa. Hugo decía que estaba bien, pero…

Dejaron que Cassandre fuera detrás de Michel y ambos entraron en la casa.

Hugo, el cuidador, no estaba, había desaparecido y la puerta de la casa se hallaba abierta. Allí no parecía haber peligro alguno de que nadie entrara a robar.

—Esto es muy grande —opinó Gilbert Zalaboi.

—¿Es que no te acordabas de cómo era?

—Pues no, la verdad.

—Esto, en su tiempo, era como un palacete rural, sin demasiados adornos pero muy sólido.

—Y algo tenebroso, menos mal que Michel no capta estas sensaciones.

Se adentraron en un amplio salón en el que había una escalinata que conducía a las habitaciones y encima de éstas se hallaba el enorme desván.

—Se ve que aquí ha habido muchas goteras —comentó el hombre.

—Claro, hará tiempo que no se restaura la cubierta.

—Si estuviera cerca de París, haría restaurar el tejado y el suelo, el mosaico es demasiado rústico y está roto, seguro que por los cascos de las caballerías. Hugo debe meterlas aquí dentro.

—No lo critiques. Vive solo aquí desde hace mucho tiempo y sería muy difícil encontrar a otro que ocupara su lugar.

—Veremos la habitación que hay que destinar a Michel, ha de ser soleada y fácil de caldear.

—Si Hugo desaparece, traeremos a un matrimonio. Hay mucha gente sin trabajo y encontraremos a algún matrimonio que esté dispuesto a aislarse. Habrá que pagarles bien y si él sabe algo de

albañilería, mejor, así podrá ir reparando la casona.

—Eso serían chapuzas. Si alguna vez quieres gastar dinero aquí, hay que hacerlo bien, aunque no creo que ahora merezca la pena. Vamos a tener muchos gastos en nuestra vida en París. No olvides que vas a conseguir un puesto muy importante y posiblemente habrá que viajar mucho.

—Sí, eso es seguro. Veamos qué hay detrás de aquella puerta, ya no me acuerdo de nada.

—Por aquel lado creo que está la cocina.

Entraron en la enorme cocina, negra de paredes y techo.

—Aquí no había electrodomésticos.

—Y sigue sin haberlos. ¿Olvidas que no hay electricidad?

—Es cierto, y aquí no se puede reclamar la electricidad, porque esto es sólo una casona y no una aldea. Traer la electricidad hasta aquí costaría demasiado dinero.

—No parece que Hugo cocine aquí.

—Quizás él se ha montado su guarida en otra parte de la casa y con un fogón de gas butano tendrá suficiente.

Siguieron adentrándose en la casona. Zalaboi abrió otra puerta y un fuerte olor a humedad escapó por ella.

—Aquí no hay luz.

Encendió su mechero y a la débil luz de la llama, trató de escudriñar lo que era aquella estancia.

—Parece la biblioteca, pero está casi todo vacío y lo que queda debe estar para prenderle fuego.

Artemise opinó:

—No merece la pena restaurarla.

—Quién sabe… Habría que perder un poco de tiempo aquí y repasar los libros por si algunos son interesantes. Puede haber incunables valiosos.

—Si estuviera más cerca de París…

—Sí, invertiríamos un millón y haríamos algo importante —dijo Gilbert Zalaboi, impresionado por las dimensiones de la casona que, exteriormente, parecía una fortaleza rural y por dentro, un palacete, pero no un palacete de la época dorada de los Luises, sino un palacete antiguo desprovisto de cortinajes, de molduras doradas, de objetos hermosos, con paredes pétreas oscurecidas por los humos y el paso del tiempo.

Una de las puertas les dio acceso a un patio interior que recordaba a un claustro, aunque sus dimensiones eran menores y carecía de columnas.

En el centro, en vez de una fuente, había un pozo, pero no tenía soga y tampoco cubo alguno colgado.

—¿Será buena el agua de este pozo? —preguntó la mujer.

—No lo sé, Hugo nos lo dirá. Lo que no me gusta es que esté destapado. Haremos colocar una tapa para que Michel no corra el riesgo de caerse dentro.

—Sí, será lo mejor. Creo que el agua de este pozo no se ha utilizado nunca.

—¿Nunca? —se sorprendió el hombre, asomándose al pozo.

Un olor desagradable, nauseabundo, le mareó de tal forma que tuvo que echarse hacia atrás.

—Uf, cómo apesta… Esta agua debe estar corrompida.

—No se asomen al pozo, es malo —dijo una voz tras ellos.

El matrimonio se volvió, descubriendo al campesino que cuidaba de la casa. Se había puesto ropas limpias, esperaba la llegada de los señores propietarios de aquella extraña mansión que, de no haber estado él allí y otros antes que él, se habría ido derruyendo.

—Este agua es mala, ¿verdad, Hugo?

—Sí, señora. La verdad es que nunca se usa el agua del pozo del infierno.

—¿Pozo del infierno? —repitió Gilbert Zalaboi sin disimular su perplejidad.

—Así le han llamado durante mucho tiempo.

—Pues, yo no lo sabía —aseguró Artemise.

—Porque el padre de la señora no quería que se dijera, aunque ustedes estuvieron muy poco por aquí, ¿verdad?

—Yo sólo he venido dos veces en mi vida y ésta es la tercera.

—Y yo, con ésta, dos veces —dijo Zalaboi.

—Pues, así se llama, el pozo del infierno. Siempre huele mal, nadie se acerca por aquí, ni los animales, ellos también lo saben.

—No se acercan porque son listos y saben que las aguas que hay ahí abajo están corrompidas y son venenosas —dijo con suficiencia Zalaboi.

—Así será, señor, porque ni los pájaros se posan sobre el brocal —continuó explicando Hugo.

—¿Y qué profundidad tiene este pozo?

—No se sabe, señor. Yo nunca he echado una soga ahí abajo; sólo asomarse, marea.

—Sí, es lo que me ha ocurrido a mí —admitió Gilbert Zalaboi.

—¿Y por qué no tapas este pozo, Hugo? Es un peligro.

—No se puede tapar, señora.

—¿Cómo que no se puede tapar? Se pueden colocar unos maderos o una reja.

—Es inútil, señora. Dice la leyenda que los espíritus no quieren que se les tape esta salida.

—¿Qué tonterías dices, Hugo?

—Señora, yo sólo repito lo que cuenta la leyenda.

—Pues ahora, nuestro hijo se va a quedar a vivir aquí un tiempo y es preciso que el pozo esté tapado y tú te cuidarás de hacerlo.

—Los espíritus que hay ahí dentro no quieren —insistió Hugo, reacio a cumplir aquella primera orden que recibía.

—Espero que no se te olvide, Hugo, este pozo es un peligro. Queremos que lo tapes y déjate de absurdas leyendas.

—La historia de esta casa se sigue escribiendo, la casa no ha muerto.

—Claro que no ha muerto, Hugo. La prueba es que nosotros estamos aquí.

Artemise se apartó del pozo visiblemente molesta.

—No me gustan esas historias. Menos mal que Michel no las comprende y no quiero que le digas nada a Cassandre, la mujer que va a cuidar del chico. Es muy difícil conseguir que se quede, sólo faltaría que le contaras historias extrañas.

—Por cierto, Hugo… ¿Dónde está escrita la historia de esta casona?

—En la biblioteca, señor Zalaboi.

—Antes hemos estado en ella y nos hemos llenado de polvo —se quejó Artemise.

—Ah, sí, la biblioteca… Está horrible. Haré venir a un experto para que diga lo que se puede salvar. ¿Has preparado habitaciones?

—Sí, señor, no son muy buenas, pero como tampoco hace mal tiempo.

—Es que esto está tan lejos de la civilización…

—Ya hay gente, señor.

—¿Gente, dónde?

—Al otro lado de la montaña hay una urbanización con casitas de veraneo. Sus dueños suelen venir los fines de semana.

—Eso está bien. ¿Y dices que esa urbanización está al otro lado de la montaña?

—Sí, señor.

—¿Y se puede ir en coche? —preguntó la mujer.

—No, señora, no se puede ir en coche, sólo por el sendero que cruza el río, pero al otro lado hay una carretera que llega a la urbanización.

—Pues, qué lástima que esa carretera no llegara hasta aquí.

—La carretera no puede llegar hasta aquí porque la montaña es mala —admitió Gilbert Zalaboi— pero ya es un alivio saber que hay gente cerca. —Se encaró con el campesino para preguntarle—: ¿Cuánto se tarda andando hasta esa urbanización?

—Una media hora. A veces, ellos llegan de excursión hasta aquí —dijo Hugo.

—¿Y qué hacen?

—Quieren visitar la casa y compran huevos y pollos.

—¿Que crías tú? —preguntó Zalaboi con cierta suficiencia.

—No siempre, señor. A veces los compro en el pueblo y luego se los vendo a ellos. Dicen que si se los vendo yo son más buenos.

—Eres listo con el dinero, Hugo —dijo Zalaboi dándole una palmadita amistosa y casi de complicidad en el hombro.

—A partir de ahora, las visitas a la casona quedan prohibidas. ¿Entendido, Hugo?

—Sí, señora.

Cuando llegaron de nuevo a la entrada de la casa, la cuidadora de Michel, con una cara que traslucía un evidente malestar, les espetó:

—Yo no quiero quedarme aquí, esto no me gusta.

—Venga, venga conmigo, Cassandre —le pidió Zalaboi, resignado y amistoso al mismo tiempo—. A ver, ¿cuánto le pagarnos? Creo que si usted recibe unos ingresos interesantes, cuando abandone este lugar se irá con una fortunita que le permitirá vivir tranquila durante mucho tiempo. Veamos, veamos cómo se arregla lo de su salario.

Cassandre vaciló. No muy lejos, una oca graznaba

desesperadamente. Michel había conseguido atraparla por el cuello y se reía, se reía mientras un ligero hilo de baba escapaba por las comisuras de sus labios.

Capítulo III

El destino de Cassandre

Aquel espejo, más viejo que antiguo, era deplorable. El marco no estaba carcomido porque la madera en que estaba tallado era buena, quizás de un milenario ciprés, pero había oscurecido y perdido gran parte de su pintura dorada. En cuanto a la luna en sí, estaba atacada por la humedad y el paso del tiempo. Aparecían puntos de oxidación por todas partes, mirarse en ella deprimía, era como si uno tuviera enfermedades en la piel.

Cassandre no era tan mayor como su vestuario habitual podía sugerir. El cabello recogido en un anticuado moño y algunas arrugas prematuras en su rostro, no la favorecían, pero en la soledad, cuando se hallaba ante un espejo, cuando nadie la veía, se contemplaba a sí misma con el cabello suelto y el cuerpo desnudo y se sentía complacida.

—Soy bella —se decía.

En el cuerpo no tenía arrugas ni acumulaciones de grasa, no estaba gorda ni delgada y su piel era blanca y suave, ya que jamás tomaba el sol.

Una lámpara de gas butano iluminaba la estancia. La ventana estaba cerrada y al otro lado quedaba la noche, una noche de cielo oscuro, sin estrellas, a causa de una niebla alta que, sin embargo, no impedía totalmente el paso de la reverberada luz de la luna.

Escuchó un ruido a su espalda y se volvió con rapidez al tiempo que cogía la gruesa camisa de dormir para protegerse. Vio que la puerta de la alcoba se hallaba ligeramente entreabierta.

—Michel…

Corrió hacia la puerta ocultando sus pechos, vientre y muslos con el camisón. Abrió la puerta con brusquedad y en el corredor, delante de ella, descubrió al muchacho que la miraba con sus ojos grandes, muy abiertos, con expresión estúpida.

—Michel, eres malo, no está bien lo que haces. ¿Por qué te has levantado de la cama?

—Tengo pis, tengo pis…

—No puedes tener pis porque antes te he llevado al retrete, eres un mentiroso.

—Tengo pis, tengo pis —repetía él.

Cassandre se fijó en el pantalón del pijama del chico y comprendió que no era precisamente pis lo que tenía.

Se apresuró a ponerse la camisa por encima, ocultándose tras la puerta, y luego salió al corredor.

Le cogió por el brazo y lo condujo a la habitación contigua. Lo metió en la cama y lo cubrió con las ropas diciéndole:

—Si te portas mal, te llevaré al cuarto de los escarabajos.

—¡No, no, no! —gritó Michel, hasta casi faltarle la respiración y tapándose como podía con el embozo de la sábana.

Cassandre se llevó la lámpara de gas para que no hubiera ningún accidente y regresó a su cuarto para pasar la noche. Le molestó que la habitación no tuviera un mal cerrojo ni llave para una cerradura que quizás hacía más de cien años que no se utilizaba.

Tomó una silla y la colocó contra la puerta, no muy segura de que con aquella precaución consiguiera algo, pero no había nada más.

La noche iba a ser larga, lo sabía. Aquel lugar no le gustaba.

No era lo mismo cuidar de Michel en la ciudad o cerca de ella, en una casa moderna, que en aquel sitio tan apartado, perdido en las montañas, que en invierno se cubriría completamente de nieve, pero *monsieur* Zalaboi le había prometido un espléndido salario. Allí, Cassandre apenas podría gastar nada de lo que ganase y reuniría un pequeño capital que le daría la libertad deseada.

Tenía el proyecto de comprarse una casita y un pequeño comercio en la costa española para disfrutar de sol y buen clima el resto de su vida; pero, para materializar su sueño, le hacía falta dinero y ese dinero lo tenía que ganar cuidando al muchacho mongólico y quedándose en aquella casona perdida en la montaña,

porque el matrimonio Zalaboi no soportaba tener cerca a su hijo disminuido. Preferían olvidarlo y que una cuenta bancaria se encargase de cuidarlo, para eso eran ricos y aspiraban a tener poder político en la capital de la avanzada y a la vez decadente Francia.

La vida se hizo monótona.

Cassandre intentó llenar su tiempo aprendiendo español con un libro y unas casetes grabadas mientras Michel se entretenía con juegos apropiados a su nivel de inteligencia. Tenía que colocar unas figuras geométricas dentro de unos huecos hechos a la medida exacta de las mismas, figuras que, además, tenían colores muy definidos. Mientras, la bandada de ocas iba de un lado a otro del gran patio de entrada.

Hugo Denicher, más práctico, se había montado su hábitat en un anexo que la casa tenía en el lado sur y al que le daba el sol. Denicher lo había restaurado, pero, tiempo ha, debían haberlo empleado los guardas de la casona, por ello quedaba aislado de la casa propiamente dicha. No obstante, tenía una puerta que daba a un corredor al que se abrían dependencias de servicios y también conducía al patio del pozo de los infiernos.

Cassandre aún no había visto bien la casona y en ella había algunas cosas que sin duda iban a sorprenderla.

—¿Qué son esas maderas con hongos? —preguntó Cassandre al poco hablador Hugo Denicher.

—Para poder ver.

—¿Ver?

—Sí, venga.

Fueron a la biblioteca y allí entró Hugo Denicher con sus maderas podridas, repletas de hongos. Las depositó sobre la mesa y, poco a poco, fue brotando una luz verdosa, una luz que fue suficiente para que pudieran verse sin necesidad de otro tipo de luz.

—Es increíble. ¿Y la luz sale de los hongos?

—Así es. Yo, a veces, los pongo en determinados lugares para que haya luz cuando paso.

—Me gusta más la electricidad, pero esto es fantástico, aunque parece un poco misterioso.

—No tenga miedo, la luz sale de los hongos, aquí no hay misterios.

—¿Y cómo se llaman?

—*Armillarias*[1].

—Que mal huele aquí.

—Lo malo de meter estos hongos aquí es que pueden pasar a los libros y *monsieur* Zalaboi los quiere, dijo que enviará a alguien para mirarlos y si los hongos pasan a los libros, se los comerán.

—Eso es horrible.

—Estos hongos devoran las maderas.

—Pues, será mejor que los saque de aquí.

—Creí que quería tener luz.

—Prefiero las lámparas de gas y las velas, aunque me gustaría que hubiese electricidad. *Monsieur* Zalaboi dijo que más adelante traerá luz eléctrica.

—No lo creo. Aquí nunca ha habido electricidad, nunca.

—Puede traer un pequeño generador.

—Nunca, nunca.

Recogió sus maderas cargadas de hongos y se las llevó consigo.

Cassandre recibió con satisfacción las baterías que había encargado a Hugo para su radio casete estéreo, un aparato que le proporcionaba buena música, ya que tenía una importante cantidad de casetes grabados.

De vez en cuando, Hugo marchaba con su furgoneta al pueblo más cercano para comprar lo que se necesitaba y cambiar las bombonas de butano vacías, bombonas con lámparas que Cassandre había exigido al señor Zalaboi.

Algunas de aquellas lámparas eran pequeñas y portátiles. Otras, alimentadas con bombonas de considerable tamaño, habían sido colocadas en lugares estratégicos de la casa para tener luz, y lo mismo sucedía con estufas de butano-propano que fueron instaladas en los dormitorios de Michel y Cassandre, pues por la noche, la temperatura descendía considerablemente y hacía mucho tiempo que allí no había calor. Hugo Denicher también cargó las dos chimeneas de la casa con buena leña y éstas comenzaron a despedir calor.

Había órdenes concretas de que Hugo no llevara a Michel al pueblo. No debían dejarlo ver, como tampoco recibir visitas.

Los albañiles llegaron una semana después, a bordo de un vehículo todo-terreno con remolque. Uno de ellos era aparejador y sólo estuvo allí una mañana para programar el trabajo. De los tres

que quedaron, uno era español y así le llamaban sus compañeros, que estaban subordinados a él.

El *Español* era un tipo de unos cuarenta años, fuerte, cuellicorto, de boca grande y con el labio superior cubierto por un bigote largo y espeso. Su cabello era escaso y comenzaba a ser entrecano. Lo más vivaz de él eran sus ojos, que inmediatamente se fijaron en Cassandre.

—¿Usted es la institutriz del idiota?

—No es un idiota —corrigió ella.

—Pues, a mí me lo parece.

—Es un enfermo congénito con el síndrome de Down.

—Oiga, ¿no es muy largo todo eso? ¿Qué le parece si le llamamos mongólico?

—Se llama Michel —corrigió la mujer, ofendida, y se alejó de aquel lugar.

El hombre se encogió de hombros y se puso manos a la obra. Trabajaban los tres albañiles, aunque era el español quien se encargaba de los trabajos más finos y los remates.

Dos días estuvieron sin hablarse pese a que estaban arreglando dos habitaciones, haciéndoles tabiques nuevos con cámaras de aire y preparando el suelo para poner *parquet* encima. Aquellos dormitorios tenían que resultar confortables, con sendos cuartos de aseo que no serían lujosos, pero sí higiénicos y suficientes.

Los dos cuartos estaban contiguos y daban al patio interior de la gran casona, como si fueran celdas monacales, pero encaradas al sol de mediodía, lo que las convertía en las habitaciones más cálidas.

Una mañana soleada, mientras Michel hacía correr a las ocas, el *Español*, que tenía una voz gruesa y era poco cuidadoso con las palabras, se acercó a Cassandre que estaba tomando el sol y escuchando las casetes de idiomas. Se sentó a su lado.

—Aprender español es lo mejor que hay. Es muy fácil, yo aprendí enseguida.

—Claro, como que nació allí.

—Sí, pero es que el español lo hablan hasta los indios. Cuando en las películas americanas los indios dicen «how», no es verdad, no se lo crea.

—¿Ah, no? —preguntó ella, sonriendo burlona.

—No, claro que no, porque ellos saben español. Nosotros

llegamos allí los primeros y les enseñamos nuestro idioma. Si quiere que le enseñe…

—Creo que con las casetes y el libro será suficiente.

—No, no lo crea. Al principio, yo aprendí francés con los libros y siempre decía «camarero, comer, puerta, libro, lápiz y perro». La verdad, no me entendía nadie, hasta que hablé mucho con la gente de la calle y entonces sí que aprendí. Al principio no me aclaraba, pero luego…

—Sí, la práctica es lo mejor —admitió ella.

—Óigame bien… «Tú y yo podemos hacer un buen polvo». Repítalo.

—«Tú y yo podemos hacer un buen polvo».

—Magnífico —exclamó el hombre.

—¿Y qué es lo que he dicho?

—Pues, que tú y yo podemos ser felices, aunque sólo sea unos minutos.

—¿Eso quiere decir «tú y yo podemos hacer un buen polvo»?

—Pues, claro.

Le pasó la mano por encima del hombro. Descendió sus dedos y trató de acariciarle un pecho, pero ella se apartó con brusquedad.

—Basta. Ya aprenderé español yo sola.

—No seas tonta. Lo que yo te puedo dar, es la mejor diversión que encontrarás aquí, finolis, más que finolis.

—Si no deja de molestarme, me quejaré.

—¿Te quejarás, a quién? —preguntó desafiante y burlón al mismo tiempo.

Al darse la vuelta la mujer, él la cogió con sus manos por la cintura y le atrajo las nalgas hacia sí, apretándola contra su cuerpo pese a la oposición de Cassandre.

—¡Déjeme, déjeme!

El hombre se encontró de golpe con que unos puños le golpeaban la espalda. Se volvió y vio a Michel con actitud enfurecida.

—Vaya, si es el idiota.

—¡Dé… ja… la, dé… ja… la! —Y empezó a emitir un chillido muy agudo.

—Mira que es tonto este chico… —Gruñó el *Español* que había soltado a Cassandre.

Cogió el rostro de Michel entre sus manos y luego, las separó a derecha e izquierda respectivamente. Volvió a juntarlas con fuerza, pero con la cara de Michel en medio, las mejillas del cual sonaron.

—¡Bruto, canalla! —Le insultó Cassandre, pero el *Español* se rió de la situación y de lo que había hecho. Después, se alejó mientras Michel se quedaba llorando.

—Vamos, Michel, es un bruto, me quejaré.

Pensó en buscar a Hugo para contárselo, pero recordó como era el campesino y desistió de la idea. Empezó a escribir una nota de protesta dirigida a *monsieur* Zalaboi para que tomara cartas en el asunto, pero también desistió de ello.

Al llegar el fin de semana, los albañiles subieron al vehículo como hacían cada noche y se marcharon. Hugo Denicher también preparó su lista de compra de suministros y se alejó en la furgoneta que, según dijo, tendría que llevar al taller para que la revisaran, pues algo no funcionaba demasiado bien.

Cuando comenzó a oscurecer, Cassandre preparó la cena para Michel y para ella.

La comida del chico era muy sencilla, no tenía gustos especiales. Cerró la puerta de la casona y se aisló en su interior tras comprobar que Hugo no había regresado, supuso que debía ser por la avería de la furgoneta.

Se desnudó frente al viejo espejo. Deseaba que acabaran cuanto antes las obras de las dos habitaciones para poder sentirse más cómoda y segura.

Dejó caer sus cabellos sobre los hombros desnudos, con la proximidad de la estufa de butano puesta a la máxima potencia.

Oyó el ruido de la puerta y se volvió bruscamente hacia ella.

—¡Michel, ya está bien! ¡Te encerraré en tu habitación!

Fue hacia la puerta sin cubrirse, muy segura de sí. Dominante, abrió la puerta y no se encontró precisamente con Michel.

—Hola, guapa. La verdad es que cambias mucho al quitarte la cáscara de encima.

—¡*Español*! ¿Qué hace aquí?

Se retiró corriendo hacia la cama para buscar sus ropas. El entró, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Márchese! —exigió.

—No, no he venido para marcharme, he venido para… Tú y yo

podemos hacer un buen polvo.

—¡Márchese o le denunciaré!

El hombre se rió abiertamente y ella perdió toda su seguridad.

Cassandre cogió el camisón poniéndoselo rápidamente por encima, pero cuando estaba así, él la cogió por la cintura y la volcó sobre la cama.

—¡Nooo, nooo! —gritó golpeándole, pero él no parecía dispuesto a cejar en su empeño.

Le subió la camisa de tal forma que inutilizó los brazos de la mujer que quedaron como atrapados dentro de un saco de ropa.

—Verás como luego no te quejas.

—¡Canalla!

Sus gritos y forcejeos no impidieron la violación, pero toda su rebeldía, resistencia y desesperación se fundieron en un ardiente calor que le subió desde entre los muslos a la cara, invadiéndola por completo. Dejó de gritar para gemir y sus gemidos no fueron de dolor, sino de placer incontrolado, un placer contra el que no tenía defensa mientras él la cabalgaba con experiencia.

Al final, rugidos y gemidos se fundieron.

El *Español* se tumbó al lado de Cassandre para descansar, satisfecho de lo que había hecho.

La mujer, húmeda de un ligero sudor, no se movió. Se cubrió con las ropas de la cama, pero no hizo ninguna intención de huir ni de hacer nada contra su violador.

Aquella misma noche, el *Español* volvió a requerir los favores femeninos y ella no sólo no se negó, sino que se entregó ansiosa de volver a experimentar sensaciones que ya conocía.

—Vamos, *chérie*, muévete, muévete —exigía él.

—No sé, no sé —se quejaba ella.

—¡Pues aprende, coño!

Ella participó plenamente. Toda una vida recatada y austera se venía abajo de golpe por la intromisión nocturna y furtiva de un violador ante el que había claudicado. Sabía que cuantas veces él requiriera su cuerpo, ella no se opondría, no tendría fuerzas para hacerlo.

Como todas las mujeres, había pensado que alguna vez podía ser violada, lo que ignoraba era cuál iba a ser su comportamiento posterior y ahora, se daba cuenta de que quedaba sometida a aquel

hombre que era más zafio, más grosero y menos educado que ella.

Mientras jadeaba a la luz de la lámpara de gas, vio que la puerta se abría y aparecía la cara de Michel. Los grandes ojos de rasgos mongoles la miraron fijamente.

—¡Michel, Michel, Michel! —repitió sin poder escapar de la situación, pues ni su cuerpo se lo permitía ni el *Español* la dejaba. Y el chico no se iba, seguía mirando como fascinado.

Cuando se apagaron los últimos gemidos de su garganta, saltó de la cama mientras el *Español* gruñía. Se cubrió con una bata y salió al corredor tratando de alcanzar al muchacho de casi quince años que no entendía bien lo que ocurría, pero su mente sí sabía que lo que la pareja estaba haciendo era algo que les unía mucho.

—¡Michel, Michel! —llamó Cassandre por el corredor, acercándose a la gran escalera.

De entre la oscuridad, Michel surgió de repente, corriendo hacia ella, de tal forma que la embistió, dándole un fuerte empujón que la lanzó por la escalera.

Sonaron tétricos y macabros los golpes que fue dando la cabeza de la mujer contra los peldaños de piedra, hasta llegar al pie de la misma, como una muñeca rota, desmadejada.

—¡Cassandre, Cassandre! ¿Qué es lo que pasa aquí? —inquirió el *Español.*

Descubrió a Michel gracias a la luz que llegaba del salón, iluminado en parte por una lámpara de gas que allí había encendida permanentemente durante toda la noche.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Michel, que pese a sus pocos años ya tenía una estatura considerable, pues era tan alto como el *Español* pese a que carecía de la fortaleza de éste, consiguió sorprenderle embistiendo también contra él.

—¡Eh!

El hombre tampoco pudo evitar caer por la escalera y terminó al pie de la misma. Michel no se movió de lo alto, contemplando su obra.

—¡Socorro, auxilio! —gemía más que gritaba el hombre que tenía varias y dolorosas fracturas en su cuerpo.

Michel no bajó la escalera. No lo entendía bien, pero sabía que había hecho algo muy grave. Estaba asustado y comenzó a gritar de

miedo, pero nadie le escuchó.

Amanecía un día de niebla fría cuando apareció el campesino y guarda de la casona y se encontró con los dos cuerpos tendidos al pie de la escalera.

—Lléveme, lléveme al hospital —le pidió el *Español*.

—¿Qué tienes? —Gruñó Hugo.

—No lo sé. No puedo mover un brazo, me duele mucho, y tampoco las piernas. Lléveme al hospital enseguida.

—¿Cómo ha sido?

—El muchacho nos ha tirado por la escalera.

Hugo miró hacia lo alto y vio a Michel. Éste no decía nada, estaba callado, sentado en el peldaño más alto. Se había cansado de llorar y de gritar. Llevaba muchas horas en aquella posición, sin atreverse a bajar hasta el pie de la escalera donde el *Español* había gemido y gritado pidiendo ayuda.

—Te advertí que no la molestaras.

—Si ella quería, te lo digo yo, quería. Ayúdame, llévame a un hospital.

Hugo cogió a la mujer por los pies y comenzó a arrastrarla por el interior de la casa hasta la puerta que daba acceso al patio claustral.

Se acercó al pozo y al llegar al borde del mismo, alzó el cuerpo de Cassandre sólo cubierto por la bata. Sin dudarlo, la arrojó al interior del pozo.

Quedó en silencio y al fin se produjo un ruido extraño, un ruido difícil de describir.

Hugo regresó al pie de la escalera.

—El todo-terreno lo tengo cerca de la casa. Llévame con él al hospital enseguida —suplicó el hombre sabiéndose gravemente herido.

Desoyendo todas sus súplicas, Hugo le cogió por los pies y comenzó a arrastrarlo.

—¿Qué haces, qué haces? —preguntaba el *Español* sin poderse valer, pues ni las piernas ni un brazo le respondían.

Su mano resbalaba inerte por el suelo mientras la otra trataba en vano de agarrarse a los lugares por donde pasaba.

Fue sacado al patio y allí, logró aferrarse a un arbusto, pero el campesino jaló con fuerza de su cuerpo y el arbusto fue arrancado, pues la tierra donde se enraizaba estaba blanda.

—¿Qué vas a hacer, qué vas a hacer? —inquiría mientras una densa niebla les envolvía.

—Te dije que no la molestaras y no me has hecho caso. Ahora, os habéis escapado juntos para siempre.

—¡Nooo, nooo! —gritaba el herido mientras Hugo subía su cuerpo a la boca del pozo.

Con infinita desesperación, el *Español* se agarró al hierro del arco del pozo, pero a Hugo aquello pareció preocuparle muy poco mientras colocaba el cuerpo en el centro del siniestro agujero y las piernas se introducían en el mismo sin poder oponer resistencia.

—¡Sácame de aquí, sácame! —suplicaba a gritos con el rostro congestionado, olvidándose del dolor ante la proximidad de la muerte.

Hugo se limitó a apartarse del pozo y a esperar.

No pasaron demasiados minutos. La cabeza del hombre fue desapareciendo en el hueco, ya sólo quedaba la mano que se aferraba al hierro centenario, pero aquella mano no podía soportar el peso de todo el cuerpo.

Hugo aguardó impasible. Para él, aquel hombre ya estaba muerto.

¿Cómo explicar al mundo, a la policía, a los señores Zalaboi lo ocurrido? Se llevarían a Michel y hasta era muy posible que cerraran la casa, precisamente cuando él comenzaba a recibir más dinero por cuidarla.

Si se llevaban al chico y cerraban la casa, ¿cómo quedaría él? No tenía nada, absolutamente nada. Vivir allí era lo único que poseía y después de todo, ¿qué más daba convivir, con un chico como Michel? A él no le estorbaba lo más mínimo.

Al día siguiente, haría desaparecer el *jeep* en la espesura del bosque.

Conocía un gran agujero en la montaña que cuando llovía se llenaba de agua, agua que después se secaba lentamente porque su fondo tenía filtraciones. Sí, aquél sería el mejor sitio para ocultar el vehículo. De allí no saldría jamás y menos si talaba un par de árboles haciendo que las copas le cayeran encima.

Dejaría pasar un par de días y cuando regresaran los albañiles (si es que volvían) les preguntaría por el *Español*. Después, iría al pueblo y telefonearía a los Zalaboi para comunicarles que Cassandre

se había marchado con el encargado de los albañiles, pero que no hacía falta que enviaran a nadie más porque él cuidaría del chico.

—¡Aaaaah!

La mano del *Español*, incapaz de resistir más, se había soltado.

El cuerpo cayó pesadamente hacia el fondo del pozo de los espíritus del infierno donde Cassandre le aguardaba con los brazos abiertos.

CAPÍTULO IV

Arte maléfico

Cerca de tres años habían transcurrido desde la arribada de Michel a la siniestra casona, la cual, aparentemente, no había mejorado en absoluto.

Un huerto que había en la parte posterior proseguía con sus ciclos para proveer de vegetales a Hugo Denicher.

Las dos habitaciones reformadas por los albañiles era lo único mejorado en la gran casa, pero aquella reforma no se podía apreciar desde el exterior. Uno de los dormitorios lo ocupaba Michel y el otro, estaba vacío, pues Hugo había preferido seguir viviendo donde siempre.

Para Michel no parecía transcurrir el tiempo. Hacía las mismas cosas que cuando llegara a la casona o, quizás no. Perseguía a algunos pequeños animales con torpeza y raramente capturaba a alguno de ellos, lagartijas, langostas de monte. Las hormigas le encantaban y seguía con gran interés sus evoluciones, pese a que un día tras otro, las hormigas seguían haciendo lo mismo.

Las ocas eran su gran diversión. Algunas desaparecían entre las manos de Hugo que las convertía en asados que compartía con el muchacho que se había hecho gran amigo del campesino. Éste no le daba órdenes, no le imponía nada, le dejaba hacer, y el joven subnormal se sentía libre y feliz. Vivir en la casona no era lo mismo que permanecer encerrado en un piso de la ciudad o en un centro para disminuidos psíquicos.

Sin embargo, Hugo tenía buen cuidado de que a Michel no le ocurriera nada, pues era consciente de que mientras el chico

estuviera allí, a él no le faltaría el dinero de los Zalaboi.

El joven se había herido en alguna ocasión y Hugo lo había curado sin decir nada para que los padres no se asustaran y pensaran que la casona podía resultar un sitio peligroso para Michel.

La vida transcurría apacible en la casona por la que raramente se acercaba nadie, hasta que una mañana estival se presentaron tres muchachas y con ellas, un cachorro de pastor alemán que ladraba chillonamente.

—¡Buenos días! —saludaron.

Las ocas graznaron furiosas y a la vez temerosas ante la presencia de las intrusas. Como una «*troupe*» bien organizada, apretándose unas contra otras, cambiaron de dirección y se alejaron junto al muro. El pequeño perro las persiguió con agudos ladridos de cachorro, envalentonado al comprobar que su enemigo, pese a ser numeroso, huía masivamente.

Michel vio a las chicas desde una ventana. Las jóvenes le llamaron la atención, le gustaron, pero les tuvo miedo y no se atrevió a delatar su presencia.

—¡Buenos días! —gritó una muchacha rubia.

—¡«Petit», «Petit», ven aquí! —llamó otra, pero el cachorro no tenía orejas para oírla a ella.

Aquella masa de plumas blancas que huía era todo lo que podía ver y oír. Jamás, en sus pocas semanas de vida, había visto huir a tantos animales juntos.

Hugo les salió al encuentro.

—¿Esta casa es suya? —preguntó una de las jóvenes.

—No, no es mía, yo sólo soy el cuidador.

—Es muy antigua, ¿verdad? —quiso saber una muchacha morena que al igual que sus compañeras, mostraba las piernas desnudas, pues utilizaba pantaloncitos muy cortos de ropa tejana.

—Sí, es muy antigua, dicen que tiene muchos siglos. Sirvió de fortaleza en varias guerras.

—Es casi como un castillo —opinó Monique, la más alta de las tres.

—Si estuviera cerca de París, sería muy importante. No es un castillo del Loire, pero tiene mucho valor.

—¿Podemos visitarla? —preguntó Gwendoline con su tono

dulce.

—No, no se puede visitar, los dueños no lo permiten.

—Si somos vecinos —le dijo Denise. Tenía los ojos verdes como el agua del mar y el cabello castaño rojizo, recogido en la nuca en una juvenil cola de caballo.

—¿Vecinos?

—Sí, estamos en la urbanización que hay al otro lado de la montaña. Hemos venido paseando.

—Ya, conozco la urbanización, pero los dueños no permiten que se visite la casa.

—No nos vamos a llevar nada —se quejó Gwen.

—Ya lo imagino, pero ésta es una propiedad privada y los dueños no quieren que se visite.

—Si usted no lo cuenta, no van a enterarse —insistió Monique.

Gwen sacó un billete de su bolsillo y se lo tendió a Hugo.

—Tenga, para que se compre cigarrillos. Nos cae usted muy simpático.

—Está bien —suspiró—, den una vuelta por dentro, pero no toquen nada.

—Vamos, chicas, parece un lugar muy misterioso —dijo Denise, siendo la primera en penetrar en la casa.

Habían desaparecido gran parte de las luces de gas que en su día exigiera Cassandre. Ahora, había una acumulación de maderas pútridas repletas de hongos que despedían una luminiscencia suficiente para caminar sin miedo a tropezar en los lugares oscuros.

—Uy, parece un castillo de vampiros —se rió Monique.

Gwen se quejó:

—Oye, no empieces a meter miedo.

—Pero ¿qué he dicho? Sólo que parece un castillo de vampiros.

—Pues a mí eso no me hace ninguna gracia.

—Si tanto miedo tienes, quédate afuera.

—¿Afuera? Si precisamente he sido yo quien ha pagado los diez francos.

—Bueno, ¿no hemos entrado a pasar un poco de miedo? —preguntó Denise—. Pues, adelante.

Monique comentó:

—Casi no hay muebles.

—Sí, parece que está muy abandonada.

—¿Empezamos por abajo o por arriba?

—Si hay sótano, yo no bajo —advirtió Gwen.

Las tres muchachas corrieron por la casa entre risas, quizás para ahuyentar el miedo que se provocaban ellas mismas en aquella situación, como un excitante más para sus mentes juveniles.

No hallaron ninguna puerta para poder acceder al sótano y corretearon por distintas dependencias, sintiendo escalofríos al ver iluminado algún corredor o estancia por los extraños hongos luminiscentes.

—¿Serán venenosos? —preguntó Gwen, mirándolos como fascinada.

—Hongos que despiden luz, es fantástico —dijo Denise, casi emocionada.

Eran verdaderas colonias de *armillarias* blanco-verdosas que se entrecruzaban unas con otras. Sus tallos eran delgados y hundían sus diminutas raíces en la madera podrida de la que se alimentaban.

—Eh, chicas, esto es la biblioteca.

—Qué mal huele —se quejó Monique.

—Hay mucha humedad y los libros están viscosos, qué asco —dijo Denise.

Gwen propuso:

—Vamos a otra parte.

No tardaron en encontrar el patio que recordaba a un claustro.

Allí sólo había hierbajos y hiedra que crecía reptando por las paredes, feraz e invasora, apoderándose de los muros, como sorbiéndolos, pasando incluso por delante de ventanas que hacía mucho tiempo no se abrían.

—Ahí está el pozo de los suspiros —señaló Denise, acercándose a él.

—¡Qué mal huele!

Gwen se echó hacia atrás.

—Debe tener aguas corrompidas.

Se apartaron del insalubre pozo que ocultaba más misterios de los que ellas podían llegar a suponer.

—No me gusta este sitio, vámonos —pidió Gwen.

—Tengo la impresión de que alguien nos está mirando desde una ventana —dijo Denise, agitando su cola de cabello castaño rojizo.

—Yo no veo a nadie —objetó Monique.

—¡Sois imposibles! —se lamentó Gwen—. Además, si alguien nos mira, será ese campesino que cuida de esto. ¿Quién va a ser, sino? Por cierto, no está «Petit».

—Andará detrás de las ocas —dijo Denise—, ya lo encontraremos al salir.

—No me gustaría perderlo, me lo regaló mi abuelo —dijo Gwen.

—No temas, no se perderá —le replicó Monique, burlona—. Ese perrito nos sigue a todas partes.

Gwen insistió:

—Vámonos de aquí, este pozo no me gusta.

—Vamos arriba —propuso Denise.

Regresaron al interior de la casa y subieron por la gran escalinata de piedra. Comenzaron a buscar por las habitaciones altas, descubriendo los dos cuartos reformados.

—Eh, chicas, aquí se puede vivir —opinó Denise.

—Pero, aquí no vive nadie —fue la opinión de Monique.

La cama estaba sin hacer y un aséptico colchón de muelles aparecía desnudo y cubierto de polvo. Monique saltó sobre él haciendo gruñir los muelles de la cama de hierro, una cama moderna y barata.

No vieron nada que les llamara la atención y pasaron al siguiente dormitorio.

—Eh, aquí si vive alguien —dijo Denise.

Se acercaron al armario, lo abrieron y dentro descubrieron ropa de hombre.

—¡Cuidado, chicas, que aquí habita el vampiro!

—Déjate de bromas, Denise —protestó Gwen una vez más.

Monique observó:

—Éstas no parecen ropas de campesino.

—Puede ser ropa de alguien que venga por aquí de vez en cuando, quizás del dueño de la casa.

No había fotografías y sí encontraron juegos infantiles de tipo didáctico.

—Aquí están los recuerdos del niño —se rió Denise—. Imagino que debe ser un joven lord imponente y avasallador que llegará hasta aquí cabalgando sobre una poderosa moto de trial.

Las tres rieron. No consiguieron arrancar secretos de aquella

habitación donde no había colonia, masaje ni nada que se le pareciera. Tampoco había revistas, periódicos ni libro alguno.

—Abandonemos esta habitación decadente y sigamos investigando.

Monique y Gwen fueron tras Denise que, con zancada rápida y ágil, se internó por el corredor. Fueron abriendo puertas y husmeando por todas partes. Aquello formaba parte de la diversión, querían encontrar algo. Detrás de una recia puerta que les costó abrir, descubrieron una escalera de madera que ascendía.

—¿Adónde llevará esto? —preguntó Monique.

Denise dio la respuesta lógica.

—Al desván. Con lo grande que es la casona, tendrá un desván inmenso y el desván es el lugar más interesante de una mansión antigua, lo dice mi tío que sabe mucho de estas cosas.

—Yo no subo —advirtió Gwen.

—¿Por qué no?

—En el desván están los espíritus.

—No sabía que fueras espiritista —dijo Denise.

—Yo no lo soy, pero mi madre sí y ahora tengo miedo.

—Tonta, arriba no hay más que cosas viejas —arguyó Denise, tratando de convencerla.

Monique preguntó:

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Yo subo, y cobarde la que se quede —dijo Denise, más decidida, y comenzó a subir, aunque no exenta de cierto oculto temor.

La escalera describía dos curvas de trescientos sesenta grados.

Al fin, se toparon con otra puerta cerrada.

—¿Y Gwen? —preguntó Denise a Monique.

—Se ha quedado abajo.

De pronto, escucharon un ruido fuerte. Gwen subía a la carrera, más asustada aún por haberse quedado sola. Al llegar junto a ellas, jadeante, les dijo:

—Se está haciendo tarde. Recordad que hemos de regresar por la montaña.

—Sí, pero primero veamos el desván, seguro que será muy misterioso.

La puerta estaba cerrada con llave. Denise forcejeó con ella y al

fin, se abrió, rompiéndose en parte la jamba de madera.

Quedaron frente al desván donde innumerables telarañas colgantes cubrían gran parte de los objetos allí acumulados.

—¡Yo me voy, yo no entro ahí! —exclamó Gwen, asustada por el aspecto siniestro y fantasmagórico del lugar.

—Pues yo sí.

Denise, más valiente, entró en el desván.

Una luz tenue se filtraba por un ventanuco respiradero y les permitía ver algo de aquel lugar lleno de cosas inservibles, polvo y enormes colgajos de telarañas.

Habla cajas, muebles, lámparas de hierro que un día soportaran velas. Todo allí era heterogéneo, sorprendente.

Una armadura medio rota consiguió asustar a la valiente Denise, como si un guerrero medieval surgiera bruscamente del pasado.

Pudo ver antiguos arcones de madera ennegrecida por el paso del tiempo. Trató de levantar la tapa de uno de ellos, mas no lo consiguió.

Vio un atril que sostenía un cuadro tapado con un trapo repleto de polvo y medio cubierto de telarañas.

—¡No toques eso! —le pidió Monique.

Denise asió el trapo por una de sus puntas y tirando de él, dejó al descubierto el cuadro que resultó un antiguo óleo. La escasa luz apenas permitía ver lo que había pintado.

—Mirad, un óleo antiguo, puede que tenga algún valor.

Monique, sorteando los objetos y muebles por allí diseminados sin orden alguno, llegó junto a su amiga.

—Vámonos de aquí, hace mucho calor —protestó Gwen sin atreverse a entrar.

Ciertamente, allí hacía un calor casi insoportable y las muchachas lo acusaban con un ligero sudor en sus cuerpos juveniles.

—Parece un hombre de mediana edad, vestido con un sayal de monje.

—Pero, no tenía por qué serlo. En la edad antigua, algunos vestían así sin ser monjes —objetó Denise.

Monique opinó:

—Tiene una cara muy desagradable.

—Sí, parece un ser malvado. Pese a la poca luz que hay aquí, sus

ojos impresionan, es como si nos estuviera observando.

—Será mejor que nos vayamos —propuso Monique en voz muy baja, como temiendo ser oída.

De pronto, Gwendoline lanzó un fuerte grito, más que grito fue alarido, y saltó al interior del desván.

—¡Está ahí abajo, lo he visto, está ahí! —señaló hacia la escalera.

—¿Quién está ahí? —inquirió Monique.

—¡Es él, está ahí, es horrible, tiene unos ojos muy grandes!

Las tres se pusieron visiblemente nerviosas. Fue Denise quien se acercó a la puerta, miró hacia el hueco de la escalera y dijo:

—Aquí no hay nadie.

—Pues yo lo he visto —gimió Gwen—. Me estaba vigilando. Es horrible, horrible, no es de este mundo…

—Será mejor que nos vayamos —opinó Denise.

Muy juntas, sin separarse, descendieron por la escalera del desván sin ver a nadie. Bajaron luego la gran escalinata de piedra y salieron al exterior.

La luz del día y el hallarse fuera de los muros de la gran casona les permitió suspirar, más tranquilas.

Gwen apremió:

—Tenemos que regresar a la urbanización.

—Sí, pero ¿y «Petit»? —preguntó Monique.

—¡«Petit», «Petit»! —comenzaron a llamar las tres mientras pasaban los minutos.

El cachorro no acudía; estaba retenido por Michel que lo acariciaba, demasiado lejos del lugar donde ellas lo estaban llamando.

CAPÍTULO V

Los recuerdos de Denise

No era aquél el primer muerto que veía en su vida, pero le impresionó profundamente.

Sacarlo del interior de la desvencijada y oxidada furgoneta costó algunos esfuerzos a la policía y a los bomberos, puesto que tuvieron que cortar hierros que aprisionaban el cadáver.

Regresaron al interior del comercio-galería de pinturas.

Dentro seguían trabajando los decoradores que preparaban la exposición de pintura que tenía que inaugurarse en breve.

—Y ahora, ¿qué harás con ese cuadro, tío?

Armand Néroli, dueño de la galería que llevaba su nombre, suspiró mirando el impresionante óleo en el que podía contemplarse al extraño personaje que a Denise le había parecido una vívida representación del mismísimo diablo, a juzgar por su mirada.

—La verdad es que a ese desgraciado no le he dado ningún recibo por el cuadro.

—Pero, el cuadro es suyo.

—No creo, habló de un tal Michel al que yo no conozco. En cambio, la firma del cuadro es otra.

—Sí, Alain Boese. ¿Te dice algo ese nombre?

—Fue un pintor que existió hace más de tres siglos, un personaje oscuro y misterioso perdido en la historia.

—Este cuadro no parece haber sido pintado antiguamente.

—No, claro que no, simplemente con la nariz se puede detectar que es reciente.

—Entonces, el tal Michel debe ser un falsificador.

—Sí, pero he de admitir que quien ha pintado este cuadro, sea quien sea, sabe utilizar los pinceles y muy bien. No será conocido, pero con un poco de ayuda podría abrirse camino. El mundo del retrato siempre ofrece compensaciones. Un retratista al óleo que se gana un nombre, siempre recibe encargos, hay muchos aristócratas y burgueses que pagan bien por un retrato que suponen les llevará a la inmortalidad. Luego, a la larga, se recuerda al artista de la firma y se olvida al personaje retratado.

—Tío Armand —la muchacha llamó la atención del hombre con actitud pensativa—, creo, creo recordar haber visto a ese hombre en alguna parte.

—¿A quién, al de los ojos de gato?

—No, a ése no, y espero no verlo en mi vida. Me refiero al que ha muerto en la furgoneta.

—Es muy raro que tú y él os hayáis cruzado en algún sitio. Tú eres una chica elegante que pasa mucho tiempo en la Sorbona y él tenía todo el aspecto de un campesino.

—Me gustaría recordar dónde lo he visto.

—Habría que encontrar a su familia.

—¿Para devolverles el retrato?

—Le he dado unos francos en depósito. La verdad es que ahora tengo opción de compra.

—¿Vas a quedarte con él?

—Es un óleo que tiene poca o ninguna salida, nadie compraría este retrato para colgarlo en la salita de su casa, pero puede estar en una exposición o aquí mismo. Es, ¿cómo diría? Excitante, llama la atención. Sí, quizás lo compre si la familia no pide demasiado, claro que como no hay recibo del cuadro y lo tengo yo…

—Tío, no irás a decir que te lo quedas porque ese hombre ha muerto, ¿verdad?

—A veces las cosas ocurren así, pero, ya hablaremos de esto. Lo que quiero ahora es encontrar a quien lo ha pintado y que ha puesto una firma que no es la suya.

—¿Crees que lo ha hecho para sacar más dinero?

—No creo, el tal Alain Boese no se cotiza, que yo sepa, claro que en una subasta se puede llevar uno auténticas sorpresas. Anda, ven y verás lo que dice la enciclopedia. Este asunto me tiene muy intrigado.

—¡Tío Armand!

El propietario de la galería miró a su sobrina, sorprendido por la exclamación.

La joven señalaba con su dedo un retrato que venía dentro de la enciclopedia, como una ilustración más.

—Alain Boese… Es él, parece su auto retrato. Mira por donde ya podemos saber cómo era el pintor de marras. Antes sólo he leído el texto, la verdad es que con estas gafas sólo veo bien lo que miro directamente, el resto me queda borroso.

—Tío, estoy segura de haber visto ese retrato.

—¿Ah, sí, dónde?

—No lo recuerdo, tío, he visto tantos cuadros —suspiró Denise—. Piensa que he visitado la Galería Nacional de Londres, la Casa del Arte de Zurich, la Galería Doria Pamphili de Roma, el Museo del Prado de Madrid, el Museo Puchkin de Moscú, incluso L'Ermitage de Leningrado, y ya no hablemos del Louvre que he recorrido incontables veces. Tú me has conducido por el camino de la pintura.

—Serás una crítico de arte excelente y cuando yo desaparezca, como no tengo hijos, serás la propietaria de esta galería.

—Yo intenté pintar, he adquirido la técnica, pero jamás seré una artista, carezco del duende que hay que tener para ser una buena pintora.

—Pero sí serás una excelente estudiosa del arte, que también hacen falta. Ahora, trata de recordar dónde has visto el retrato de Alain Boese y el de ese extravagante personaje de los ojos de gato.

—¿De verdad te interesa encontrarlo?

—Sí, quién sabe si a la larga puede ser un gran descubrimiento y los descubrimientos suelen dar buenos dividendos.

—¿Y si al final nos encontramos con un falsificador?

—Pues eso, habremos encontrado un buen falsificador y probablemente, un excelente pintor, aunque no siempre sea así. Ya sabes que un buen falsificador puede hacer una obra idéntica al genio imitado, pero el genio tiene de su parte haber creado la obra sacándola de su imaginación mientras que el imitador se limita a copiar, carece de genio creador, y cuando una obra ya está realizada, parece fácil su ejecución para quien domina la técnica. Lo

verdaderamente difícil es antes, cuando el artista se queda frente a la tela en blanco. Ah, ahí está el *quid* de la cuestión.

—Lo sé. Muchos pintores han creído estar a la altura del genio simplemente porque son capaces de copiarlo. Es excitante todo esto, ¿verdad, tío?

—Sí, lo es. Tenemos un retrato estremecedor pintado por un desconocido que firma con el nombre de un pintor desaparecido hace más de trescientos años atrás, y me cuesta creer que haya firmado con ese nombre con ánimo de lucro. Quienes plagian a los pintores antiguos, se cuidan muy bien de imitar la tela y envejecer la pintura con métodos modernos y sofisticados, empleando rayos ultravioleta, infrarrojos, etcétera. Y luego, el hombre que trae el retrato muere delante de mi galería… Es todo tan extraño.

—Y además, yo creo recordar algunas cosas.

—Merece la pena investigar, llamaré a Scier.

—¿El investigador privado?

—Sí, hablaré con él para conseguir un precio especial. Scier es un especialista en estos asuntos y todos los marchantes confiamos en él. Scier sigue las pistas para encontrar lo que deseamos. Sí, voy a invertir unos francos en este asunto, quizá sea tirarlos. Hay veces que hemos de apostar a lo desconocido, es como un juego, aunque no me gusta apostar por pintores noveles.

—Tu galería ya tiene un nombre importante. Los pintores acuden a ti, no necesitas ir a buscarlos.

—Bien, Denise, tengo mucho que hacer. Mañana ve tú misma al despacho de mi amigo Scier, yo ya habré hablado previamente con él y no tendrás que tratar asuntos de dinero. Tú estúdiate el asunto y luego se lo cuentas. Quiero encontrar a la familia del campesino que ha muerto y al pintor que ha pintado este retrato y firma como no le corresponde. Si no encuentro nada interesante, me quedaré con el cuadro a cuenta de los gastos.

Armand Néroli se internó en la galería donde seguían instalando los óleos que iban a ser expuestos.

Denise siguió mirando el cuadro de Alain Boese que aparecía en la enciclopedia, tratando de recordar, pero había visto ya demasiados cuadros en su relativamente corta vida y le era difícil; después, volvió a enfrentarse con el óleo de tamaño natural, el retrato de un desconocido con magnéticos ojos de gato.

Volvió a sentir un estremecimiento en el espinazo y luego, una oleada de calor.

Se apartó despacio del cuadro, tuvo miedo de él. Era como si el pintor hubiera conseguido plasmar sobre la tela no sólo el retrato, sino también el espíritu del enigmático personaje.

Aquella noche, Denise tuvo pesadillas.

La muerte del campesino la había impresionado. No era un accidente de tráfico que quedara en la cuneta mientras el coche en el que ella viajaba pasaba raudo, sin detenerse. Ella había visto a aquel hombre agonizando, hasta quedar con los ojos vidriosos, había visto la sangre, había oído sollozar al camionero.

En la pesadilla más recordable, al fondo de un lugar oscuro y tenebroso, pudo ver el retrato del pintor Alain Boese mientras que el desconocido personaje de la capa abandonaba el óleo como si la tela fuera una puerta que acabara de traspasar. Avanzó hacia ella sonriente, mirándola con aquellos ojos felinos que semejaban fosforecer.

Denise se descubrió a sí misma tendida sobre un lecho enorme con sábanas negras, y el desconocido, que como toda identificación llevaba la letra «L» en el broche de la capa, avanzaba hacia ella.

La joven quiso escapar de la cama y no lo consiguió. Una fuerza invisible mantenía inmóvil su cuerpo joven y hermoso.

—No, no vengas, aléjate, aléjate de mí, aléjate —exigió, temblorosa.

—Tú vendrás a mí, tú vendrás a mí, tú vendrás a mí —repetía él riéndose a carcajadas mientras se disolvía lentamente en la oscuridad.

Cuando Denise despertó, toda ella temblaba. Se sentía con fiebre, como si hubiera enfermado de repente.

Miró la hora en su radio reloj de dígitos luminosos y vio que eran poco más de las cinco de la mañana. Se levantó, se preparó un baño de agua tibia en el que disolvió un extracto de hiedra y se sumergió en él. Permaneció dentro algo más de quince minutos y luego salió, secando su cuerpo con una gran toalla de color rosado.

Volvió a acostarse y consiguió dormir plácidamente durante tres horas más, por lo que al levantarse aquella mañana se sintió descansada, recuperada de las molestas pesadillas.

Desayunó, se arregló, y a bordo de su pequeño pero veloz

automóvil, se dirigió al despacho de los investigadores Scier, en la *rué* Vaneau.

—Vengo de parte de mi tío Armand Néroli.

—Ah, sí, un momento, señorita —le pidió la secretaria del investigador privado que en aquellos momentos estaba realizando una visita.

Aguardó, tomando una revista, pero pronto apareció un hombre joven y alto, muy varonil, que le llamó mucho la atención, consiguiendo agitar su sensibilidad femenina.

—¿Señorita Néroli?

—Sí.

—Por favor, pase a mi despacho.

Se dejó guiar hasta un pequeño despacho que tenía un gran ventanal que daba a la calle. El hombre, de ojos muy oscuros y cabello lacio, se acomodó tras la mesa escritorio.

—Yo voy a llevar su caso.

—¿Usted? Creí que lo haría *monsieur* Scier.

—¿Se refiere a mi padre?

—¿Su padre?

—Sí, él es el propietario de esta agencia y como yo he terminado mis estudios, me he puesto a trabajar con él. ¿No le parece una explicación sencilla?

—Tiene usted razón. Yo también estoy aquí en nombre de mi tío Armand Néroli.

—Entonces, nos tenemos que entender los dos. ¿Te importa que te tutee?

—No, claro que no.

—¿Fumas? —preguntó él, alargándole un paquete de cigarrillos.

Ambos se relajaron y Denise comenzó a contarle la breve historia del desconocido campesino que había llevado el cuadro a su tío.

—Y ahora, ¿hay que averiguar quién era el hombre que murió atropellado, dónde vivía y quiénes vivían con él? —preguntó el joven.

—Pues sí.

—Eso será fácil.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro. Si el accidente ocurrió ayer, el cadáver estará

todavía en el depósito y la policía tendrá su documentación, además de la matrícula del vehículo que conducía, lo que en muy poco tiempo nos dará las señas del sujeto, si es que la policía no las tiene ya con todos los demás datos.

—Muy bien, pero es que además ese campesino llevó un retrato a la galería que dijo lo había pintado un tal Michel.

—No te preocupes, encontraremos a Michel. Éste será un trabajo fácil; sería difícil si se tuviera que investigar sobre la validez y autenticidad de una obra antigua que, además, no pudiera sacarse del museo.

—Entonces, adelante.

—¿Te importa que salgamos a cenar juntos?

—¿Eso forma parte del trabajo de un investigador privado?

—No, eso forma parte del gusto de cada cual. Me pareces una mujer muy bonita, elegante y atractiva y, la verdad, me gustaría llevarte a cenar.

—Llámame cuando hayas descubierto algo, entonces decidiremos.

Sin quitarle los ojos de encima, el hombre sonrió.

—De acuerdo, te llamaré.

Al poco, Denise estaba de nuevo en la calle, con una sensación extraña en su cuerpo. Aquel joven le gustaba, no cabía duda, le gustaba y mucho, pero ella sabía que aquello no era suficiente, había muchos otros jóvenes que también le agradaban.

Por la tarde, Denise estaba estudiando en su apartamento para no encontrarse con problemas en los exámenes de la universidad, cuando recibió la llamada de teléfono.

—¿Sí?

—¿Denise?

—Sí.

—Soy Jules, el investigador privado Scier.

—Ah, hola.

—¿Vamos a cenar?

—Ya te he dicho que cuando hubieras descubierto algo.

—Es que ya tengo los datos.

—Hum, eso se llama rapidez. No me queda otro remedio que aceptar, tendré que dejar los libros.

Jules fue a recogerla y la llevó a un pequeño restaurante que

conservaba el sabor del viejo París. Las mesas, cubiertas con manteles rojos a cuadros, se hallaban en un altillo. Se acomodaron junto a un ventanal desde el que podía contemplarse *Notre Dame* a lo lejos, con sus dos altas torres neogóticas.

—¿Y bien?

—El campesino se llamaba Hugo Denicher. Vivía en la jurisdicción de un pueblo llamado Schirmeck al norte de la nación, no lejos del *Col du Donon*. Es un lugar bastante escaso de población.

—Lo conozco.

—¿De veras?

—Sí, mis padres edificaron un chalet cerca de ese lugar.

—El sujeto vivía en una vieja casona aislada en el bosque, era el guarda de la misma y por lo visto carecía de familia.

—Cuando muere un hombre sin familia, de él no quedan ni recuerdos.

—Así es, y no es el único. Seguramente será incinerado.

—¿Y para quién trabajaba?

—Para los dueños de la casona, un matrimonio que vive en París.

—¿Les han avisado?

—No.

—¿Por qué? Ellos podrían pagar el entierro de ese pobre hombre.

—Están de viaje por Asia. Parece tratarse de un político sin demasiada suerte.

—¿Y ahora, qué?

—Pues, cuando regresen se encontrarán con que el cadáver del guarda de esa casona rural ha sido incinerado. Todos los gastos correrán a cargo de la aseguradora del camión que lo mató.

—Me parece justo. ¿Y Michel?

—Todavía no sé nada de él.

—Creí que ya lo sabías todo —se burló.

—Pues no, no lo sé —confesó Jules Scier.

—Lo más importante ahora es encontrar a Michel.

—Tendré que viajar a ese pueblo, porque ya he hecho algunas llamadas telefónicas a las autoridades de aquel lugar y nadie conoce a un pintor que se llame Michel.

—¿Y si ese pintor no es de Schirmeck?

—Lo encontraremos, seguro que lo encontraremos, pero habrá que ir allá.

—¿Cuándo piensas ir?

—Mañana.

—Pues, iré contigo, creo recordar el lugar.

—¿Has visto la casona?

—Si es la que estoy suponiendo, sí la he visto. Ya te he dicho que mis padres tienen un chalet allí cerca, al otro lado de la montaña. En realidad, la urbanización pertenece a la jurisdicción de otro pueblo y no hay carretera que pueda llevar a esa casona antigua y metida en el bosque, cerca de un río.

—¿No se puede ir en coche?

—Se puede intentar, pero salvo que sea un todo-terreno, es posible que se quede atascado en los baches. Desde la urbanización se puede ir andando y resulta un paseo muy agradable.

—Me parece bien. ¿Y a ti que te parece este guisado?

—Excelente. No es como otros, que no saben a nada de tan cocidos como están. Lo malo de la cocina de París es que se ha volcado demasiado hacia el turismo y termina siendo insípida.

Jules observaba atentamente a Denise, era evidente que la joven le gustaba.

—¡Ya está! —exclamó de pronto la muchacha.

—¿Ya está, el qué?

—¡El retrato!

—Como no te expliques —objetó él, paciente.

—Hay un retrato muy antiguo y no recordaba dónde lo había visto, pero ahora lo he recordado al tener este vaso de vino en la mano.

—¿Te inspira el buen vino?

—Se trata de un retrato del pintor Alain Boese lo vi hace años, cuando casi era una adolescente y me divertía con mis amigas Gwendoline y Monique.

—¿Y quién es ese Alain Boese?

—Un pintor que murió hace más de trescientos años y precisamente Michel, el pintor que hemos de buscar, firma como Alain Boese.

—Ah, ya entiendo, se trata de un caso de falsificación.

—No estoy segura, es algo extraño. Yo diría que Michel ni

siquiera autorizó al tal Hugo Denicher a vender el retrato.

—¿Qué retrato? Disculpa que pregunte tanto, pero es mi deber.

—El cuadro que quedó en la galería de mi tío. Jules, esto es excitante. Ahora he recordado que a Hugo Denicher lo vi en esa casona.

—¿La conoces?

—Sí, la visité por dentro. Salvo Hugo, allí no vi a nadie más. La casona es muy tenebrosa. Creo que lo mejor será ir por la urbanización, sin que nadie nos vea por el momento.

—¿Dices que hace años estuviste allí?

—Sí, fue en un paseo. La verdad es que llevábamos un cachorro de pastor alemán y se nos perdió tontamente.

—¿Era tuyo?

—No, de Gwendoline. Tuvimos que marcharnos sin él, Gwen se enfadó mucho.

—No entiendo nada, pero creo que este asunto promete ser interesante —opinó Jules Scier.

—¿Crees que la policía seguirá investigando?

—No, claro que no, es un homicidio involuntario por accidente de tráfico. Se hace la autopsia, se lleva adelante el procedimiento judicial para establecer culpas e indemnizaciones, pero no pasa de ahí.

—Entonces, no perdamos tiempo. ¿Qué te parece si salimos a las cinco?

—¿De la mañana? —exclamó Jules, asustado.

—Sí, hay un viaje en coche considerable. Tráete el *chandal* y buenas zapatillas de *footing*, caminaremos por senderos campestres.

—La verdad, todo esto empieza a resultar divertido. Te aseguro que voy a sorprender a mi padre cuando se lo cuente.

Se despidieron.

Jules Scier aguardó puntual con su coche delante del edificio de apartamentos donde vivía Denise, la cual apareció con una bolsa de deporte en la mano.

—¿Listos?

—Sí, listos, ya he llenado el tanque de gasolina.

—Pues, adelante. Dentro de poco, París se va a llenar de un tráfico intenso, hay que salir ahora mismo.

Circular por la ciudad a aquella hora resultaba gratificante, se

podía pisar el acelerador con tranquilidad. Las avenidas estaban vacías en gran parte, aunque ya empezaban a aparecer los madrugadores.

Poco a poco, fueron dejando la ciudad atrás.

Jules pisaba el acelerador con firmeza y manejaba el volante con habilidad. Adelantaba seguro a los vehículos más lentos mientras el automóvil se llenaba con la música que Denise había escogido entre las casetes que había en la guantera.

—¿Tus amigas siguen yendo por aquel lugar?

—No, Monique se casó y va al sur, a la Costa Azul.

—¿Y la otra?

—Desapareció.

—¿Desapareció? —inquirió, lanzándole una mirada de extrañeza.

—Sí, precisamente estaba en la urbanización cuando desapareció. La buscaron por todas partes sin encontrarla. Se comentó que había hecho auto-*stop* y que un coche con tres desconocidos se la llevó.

—¿Y qué dijo la policía?

—Buscaron por las cunetas de la carretera sin hallarla. No se volvió a saber nada de Gwen.

—¿Cuánto hace de eso?

—No llega a tres años.

—Es muy extraña esa desaparición, ¿no crees?

—Sí, pero como Gwen ya era mayor de edad, la policía dijo que al fin y al cabo ella era libre de marcharse adonde y cuando quisiera, sin dar explicaciones a nadie.

—Lo cierto es que, al cabo del año, desaparecen muchas personas de sus domicilios, gentes de todas las edades, desde niños a hombres maduros y con un trabajo bien remunerado.

—Yo creo que a Gwen tuvo que pasarle algo.

—¿Por qué?

—No era muy independiente, le gustaba que se lo preparasen y resolvieran todo. Dependía mucho de su familia y, como quien dice, no sabía ni hacerse una tortilla. Era una chica para terminar sus estudios y buscarse un empleo sin complicaciones y sin demasiadas ambiciones.

—Pudo unirse a algún muchacho o muchacha. A veces, la gente

se espabila cuando la necesidad obliga. Son dependientes tanto en cuanto convierten a otra persona en esclava.

—Puede ser. De todos modos, yo pienso que le ocurrió algo. Al cabo de tanto tiempo podía haber enviado una carta, una simple postal o hacer una llamada de teléfono.

—Hay quien rompe con todos los vínculos del pasado y también los que padecen amnesia e inician una nueva vida sin darse verdadera cuenta de ello.

—¿Por qué tratas de rebatir todo lo que yo digo? —preguntó, mirándole con fijeza, esperando una respuesta.

—Muy sencillo.

—Explícalo.

—Si yo rebato tus explicaciones, te verás en la obligación de dar respuestas, a reafirmarte en tu postura hasta que ésta sea insostenible. Y si al final resulta que tus convicciones no tienen suficientemente fundamento, cambiarás de opinión. Hay que buscar todos los puntos débiles de la columna de seguridad que sostiene el techo de nuestras creencias. Si esa columna no tiene puntos débiles, es que nuestras creencias son fuertes, invulnerables, y se puede seguir adelante con ellas.

—¿Has estudiado psicología?

—Sí.

—Se nota. Espero que no intentes psicoanalizaré.

—Nunca, si tú no lo deseas. Para un psicoanálisis es imprescindible la total colaboración del psicoanalizado, si no, no es posible.

—Entonces, voy tranquila.

—Cada persona cree tener un mundo oculto en su mente muy distinto del de los otros humanos, pero te llevarías una sorpresa si supieras que suelen ser mundos comunes a todos.

—¿Por qué no se expresan entonces?

—Hay normas sociales que todos queremos mantener.

—¡Cuidado con el camión!

El poderoso vehículo casi les rozó, rodaba a gran velocidad por el centro de la carretera, rebasando a un vehículo lento.

Tras casi tres horas de viaje, se internaron por el camino asfaltado que conducía a la solitaria urbanización, calles tranquilas donde nacían casitas unifamiliares de estilo montañés, rodeadas de

árboles que allí crecían robustos y hermosos.

—Un paraje muy agradable.

—Sí, pero demasiado frío y solitario en invierno —comentó Denise que lo conocía bien.

—Aquí no hay contaminación.

—En apariencia, no, pero también se produce la lluvia ácida; sin embargo, sí admito que el aire es aquí más limpio y respirable.

—Me gusta mucho este sitio, aunque prefiero más las zonas de montaña-playa, especialmente en el Mediterráneo.

—Mira, ése es el chalet de mi familia.

Denise señaló una gran casa que asomaba entre los árboles.

Se detuvieron ante una verja. La joven bajó para abrirla con su llave. Luego, el automóvil entró en el jardín y se detuvo frente al porche que habría sido soleado si el día no estuviera nublado.

Denise abrió la puerta de la vivienda y conectó la electricidad, lo que implicaba poner en marcha todos los servicios.

—Vamos a desayunar, aquí hay bebidas.

Denise preparó el desayuno con enlatados y pan de molde que había llevado consigo.

—Es un chalet muy acogedor.

—No es muy grande —admitió la joven—, pero suficiente para pasar el verano.

—¿Hay muchas casas en esta urbanización?

—Unas setenta, bien separadas entre sí, aunque las noches de verano, los perros se comunican con sus ladridos.

—Una serenata muy divertida.

—Podemos descansar un poco. Luego nos pondremos los *chandals* y saldremos hacia la casona.

—De acuerdo.

—La casa está fría, eso pasa siempre cuando llegamos y cuesta darle calor. ¿Qué te parece si encendemos la chimenea?

—Magnífico, así entraremos algo en calor. Es una mañana fría y si los leños se van consumiendo, cuando regresemos esta sala estará caldeada.

—Si quieres encenderla, esa puertecilla es la leñera.

Mientras Denise desaparecía y se ponía en marcha la alta fidelidad, llenando de música clásica la sala, Jules preparó los leños en el hogar y les prendió fuego, ayudándose con unos papeles que

despidieron bastante humo pero que lograron prender en los leños que comenzaron a crepitar.

Cuando Denise regresó, ya iba vestida con un *chandal* rosa fucsia y se había recogido el cabello con un lazo del mismo color.

—Puedes ir tú a cambiarte.

—De acuerdo —aceptó Jules.

Cuando regresó, las llamas habían crecido en torno a los maderos. Denise opinó:

—Da rabia tener que marcharse ahora.

—Sí, se está muy bien aquí. Por cierto, no conozco estos parajes, pero el cielo tiene cara de querer llorar.

—¿Tienes un chubasquero o algo que se le parezca?

—Llevo uno de nylon en el coche.

—Pues, cógelo, yo llevaré otro.

Denise colocó la rejilla de protección delante de las llamas tras cargar la chimenea con el máximo de troncos.

—Así no serán peligrosas las chispas que puedan saltar.

Denise condujo a Jules hacia una fuente natural, arreglada con piedra y hormigón para evitar que se perdiera.

—Mira, ése es el sendero.

—Pues, vamos a él —dijo el joven, cogiendo de la mano a Denise que no hizo nada para retirarla.

Al tomar aquel sendero, se apartaban de la urbanización, dejaban atrás el mundo del confort moderno para ir en busca del pasado, un pasado que les aguardaba agazapado en aquella casona a la que Hugo Denicher ya no regresaría jamás.

CAPÍTULO VI

Michel

—Mira, aquélla es la casona —señaló Denise.

Se detuvieron. Jadeaban ligeramente. Habían estado corriendo por el sendero, ya medio cubierto por la hierba y la maleza que crecía indiscriminadamente.

—Parece grande. Si tuviera torres, se podría decir que es un castillo.

—Es una lástima que no se restaure.

—Si no ha de venir nadie aquí, ¿para qué restaurarla? Si tuviera valores artísticos que conservar…

—Que yo sepa, no los tiene. Es una construcción de piedra, en su tiempo fue una fortaleza. Además, se le ven añadidos de distintos estilos y no se puede decir que haya perfección o pureza en ninguno de ellos.

—No entiendo de estas cosas, pero deduzco que las familias propietarias de esa construcción debieron restaurarla o ampliarla según su leal saber y entender, sin que participara ningún arquitecto en las obras.

Denise musitó:

—Estoy convencida de que esas piedras encierran un misterio.

Se encontraron con que el pequeño río descendía caudaloso. Mirando sus aguas, Jules opinó:

—El sendero muere aquí y no creo que haya mucha gente que cruce este lugar sin puente.

—Nosotras lo cruzamos por aquí, pero era verano y había poca agua.

—Veamos si más arriba o más abajo hay un lugar con rocas y es posible cruzarlo sin mojarnos.

Anduvieron sin alejarse del sendero hasta encontrar un viejo puente roto.

—Éste es el lugar más estrecho que hay por aquí.

—Pero, el puente está roto.

—Si pudiéramos saltar hasta esa roca —señaló Jules.

—Está un poco lejos, hay peligro de caerse al agua.

Jules miró alrededor. Allí estaba lo que quedaba del puente, viejos maderos agrietados y mohosos. Forcejeó con unos tablones hasta poner en vertical un ancho tablón que estaba lleno de humedad, por lo que aún resultaba más pesado.

—¿Qué vas a hacer?

—Espero tener un poco de suerte. Apártate.

Acercó el tablón a la orilla. Lo fue inclinando, dirigiéndolo con las manos, y cuando lo creyó oportuno, lo dejó caer, esperando que quedara sobre la irregular roca que había en la orilla opuesta.

—¡Lo has conseguido! —exclamó la muchacha.

—¿Te atreverás a pasar por este madero hasta el otro lado?

—Pues, me causa un poco de respeto.

—Sólo son cuatro pasos que has de hacer con seguridad, sin mirar abajo. Yo aguantaré el tablón para que no se mueva.

—Después de todo, si me caigo, no creo que me ahogue. Lo que si cogería es un resfriado, porque las aguas deben estar heladas.

—Pues, adelante.

Denise cogió un poco de carrerilla y antes de que pudiera darse cuenta, ya estaba en la otra orilla.

—Ha sido muy fácil.

Jules pasó por encima del tablón con largas zancadas. El madero vibró, pero no se movió y el agua siguió discurriendo bajo él.

En pocos minutos, llegaron frente a los muros que rodeaban la casona.

Las ocas les recibieron graznando furiosamente y no tardó en aparecer un gran perro lobo en la puerta de la casa. No les ladró, pero sí les mostró unos grandes colmillos curvos y algo amarillentos mientras gruñía amenazador.

—Cuidado, Denise, ese perro está en actitud de atacar.

—Si supiéramos su nombre… —Vacilando, instintivamente,

acabó por decir—: «Petit», somos amigos tuyos. «Petit», «Petit»…

El animal de feroz aspecto rebajó el talante de sus amenazadores gruñidos y terminó lanzando un ladrido corto, un ladrido sobre el que Jules opinó:

—Le has caído bien.

—¿Cuántos años crees que puede tener este perro?

—No lo sé, de cuatro a seis, es un perro más que adulto.

—Entonces, podría ser él.

—¿Él, quién?

—El perro que perdió Gwendoline. Nos marchamos sin volver a verlo nunca más.

—Pues, hay muchas posibilidades de que sea él.

—«Petit», «Petit», ¿te acuerdas de mí?

El animal dejó de gruñir y comenzó a mover su larga y poblada cola en horizontal. Avanzó hacia Denise, deteniéndose junto a ella, como esperando ser acariciado por la joven que así lo hizo.

—Es increíble, te ha recordado —opinó Jules, atónito.

—Se dice que hay perros de esta raza que tienen mucha memoria.

El can acercó su hocico a la mano femenina y la tocó con la punta de la lengua. Mostrándose serio, sin actitudes de juego, el pastor alemán se acercó después a Jules y le olisqueó los zapatos.

—Creo que nos está «fichando» para su memoria olfativa —dijo Jules.

—Parece que tú tampoco le caes mal.

—Mi padre me advirtió que para ser un buen investigador hay que llevarse bien con los perros. Los perros están en muchas partes, especialmente en las casas con jardín a las que en ocasiones debemos acercarnos sin provocar escándalo.

—Y ahora que ya no está el guarda, ¿qué comerá este animal?

—Si no viene nadie a por él, se convertirá en un perro cimarrón.

—«Petit», si te quedas solo, te llevaré conmigo —le dijo Denise.

El perro emitió un ladrido bronco y se alejó por entre el muro y la pared de la casona, sin prestar atención al rebaño de ocas que graznaba escandalosamente.

—Parece que se ha enfadado.

Jules opinó:

—Yo diría que este perro es muy inteligente, quizás ya sepa de

la muerte de su dueño.

—¿Nos robaría el guarda el cachorro?

—No creo. Me inclino más a pensar que pudo encontrarlo y no se preocupó de devolverlo. Quizás esperaría que volvierais a por él y como no lo hicisteis, se lo quedó.

—Bueno, si es feliz aquí…

—Por supuesto que será más feliz aquí que en la ciudad.

Denise miró la fachada y opinó:

—Si los dueños no traen otro guarda, esta casa se vendrá abajo poco a poco.

—No será fácil, la veo muy resistente, no en vano está construida con piedra. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Vamos a dar un vistazo por dentro, la puerta está abierta.

—Puede ser un allanamiento de morada.

—Si el guarda ha muerto… Yo recuerdo donde vi el cuadro. Como ves, aquí no hay nadie.

Entraron en la casona de considerables dimensiones. Llegaron al amplio salón y Denise descubrió algo que la sorprendió vivamente.

—Mira, hay muchos cuadros por las paredes…

—¿Es importante eso?

—La otra vez que vine aquí no había cuadros, estoy segura. Yo siempre me fijo en los cuadros y no los había.

Se acercó a uno de los lienzos en el que un personaje estaba retratado de espaldas. Parecía estar meditando, no se le veía el rostro, mientras que el cuerpo quedaba oculto bajo una amplia capa oscura.

—La firma es «Alain Boese» —indicó Jules.

—La misma firma del cuadro que tiene mi tío en la galería.

—¿Es importante?

—El pintor es un falsificador recalcitrante. O busca dinero o es, es…

—¿Qué?

—Un psicópata.

—Hum, eso pone las cosas más feas. Fíjate en aquel retrato de la otra pared.

—¡Dios mío! —exclamó Denise al mirarlo.

Aquel retrato era sólo de busto y el rostro que podía contemplarse lo identificó enseguida. Era una cara de hombre de

cabellos rubios como el oro y sonrisa sarcástica, maligna. Los ojos de felino tenían pupilas negras y verticales.

—¿Quién es ese personaje? —preguntó Jules.

—Lo ignoro.

—¿Y tu exclamación?

—Es que en ese retrato aparece la misma cara del cuadro que mi tío Armand tiene en su galería.

—¿Y no te parece que éste que se ve de espaldas es el mismo hombre?

—Es cierto. ¿Puedes ver si la firma de ese retrato es la misma?

—¿Tienes miedo de acercarte?

—Tanto como miedo… Es que me parece tan vivo que me da cierto respeto.

—Si, da la impresión de que puede escapar del cuadro. El pintor que lo ha retratado sin duda es magnífico.

Jules se acercó lo suficiente para poder ver la firma, pues estaba al otro lado del salón. A distancia, Denise preguntó:

—¿Es la firma de Alain Boese?

—Pues sí.

—Ese pintor murió hace más de trescientos años, como te he dicho.

—Puede que los cuadros de ese Alain Boese hayan impresionado mucho al pintor que ha realizado estos óleos.

—Por lo que he podido averiguar, Alain Boese fue un personaje muy extraño, acusado por la Inquisición en Suiza y perseguido hasta que desapareció. La historia no dice nada más sobre él. Moriría en algún lugar perdido, quizás fue quemado por alguien o asaltado por los bandidos que por aquellos tiempos pululaban por los caminos.

—¿Y dices que lo perseguían por brujo?

—Eso parece, pero su biografía apenas dice nada. Fue maldito y su obra pictórica, quemada.

—Es como si a ese pintor le hubiera cogido una obsesión por la obra de Alain Boese —opinó Jules—, pero si no quedó ninguno de sus cuadros, ¿cómo puede copiarlos? ¿O es que sólo copia la firma?

—No lo sé —dijo Denise, nerviosa y preocupada—. Esto no me gusta. Además, quiere decir que el guarda no vivía solo, que ese pintor llamado Michel viene por aquí.

—Y podría ser que se refugiara aquí —opinó Jules.

Denise miró alrededor, inquieta, como esperando ver surgir de alguna parte al desconocido Michel.

Avanzaron por el salón hacia la escalera.

Vieron más óleos colgados y en todos aparecía el siniestro personaje de los cabellos rubios, la sonrisa maligna y los extraños ojos que le convertían en una criatura inhumana, bestial.

Instintivamente, Denise se acercó más a Jules como buscando su protección física.

—La verdad es que ese Michel ha pintado mucho. Sabía que algunos pintores dan vueltas y vueltas sobre un mismo tema pintándolo muchas veces y desde distintas perspectivas, pero me temo que éste se pasa.

—No entiendo mucho de pintura, pero sí de psicología y opino que este pintor tiene problemas, no sé de qué clase, pero los tiene. ¿Sabías que una forma de analizar la mente de una persona es a través de lo que dibuja o pinta?

—Sí, lo sabía.

Mientras ascendían por la escalera, Jules se volvió hacia Denise para preguntarle:

—¿Podría ser que en alguna parte hubiera encontrado cuadros que en su día escaparon a la quema?

—Es una posibilidad, habremos de preguntárselo a él.

—Cuando lo encontremos.

Dentro de la casa reinaba tal silencio que podía oírse claramente el ruido de sus pisadas.

Avanzaron por el piso alto, apenas se veía nada. El cielo encapotado del exterior debilitaba la luz que hubiera podido penetrar por las sucias ventanas.

—Aquélla me parece que es la puerta.

Denise señaló una de las puertas que quedaban al alcance de su vista.

—Esta casa es tan grande que puede convertirse en un laberinto. No me gustarla vivir aquí, tendría pesadillas.

Jules forcejeó ligeramente con la puerta y la abrió. Ante ellos apareció la escalera que subía al desván.

—¿Es ésta?

—Sí, estaba recordando que vimos dos habitaciones

reconstruidas, modernizadas, y nos pareció que estaban preparadas para recibir a alguien.

—¿Y ese alguien no sería Michel, el pintor?

—Te estoy hablando de hará unos cinco años.

—Por aquel entonces, ya podía haber llegado.

Llegaron ante la puerta del desván que no les costó abrir. Jules silbó de forma admirativa.

—¿Qué te parece?

—Que hay muchas telarañas, polvo y suciedad. Este desván haría las delicias de un anticuario. Quizás haya algo interesante y de valor aquí, esos arcones, por ejemplo.

—Sí, parecen muy antiguos y de calidad. Habría que ponerse en contacto con los propietarios de todo esto, sería una lástima que dejaran que se perdiera por abandono.

—Se puede sacar bastante dinero de esto. Hay mucha gente en Europa y en los Estados Unidos que busca objetos y muebles antiguos auténticos para dar valor a sus propias residencias.

—Recuerdo que yo intenté abrir uno de estos arcones y no pude.

El joven se acercó a uno de ellos. Forcejeó con la tapa y no consiguió levantarla.

—Es como si estuviera clavada, pero fíjate que tiene cerradura. La verdad es que hay tan poca luz…

—Después de todo, no podemos tocarla, no nos pertenece. Quién sabe qué secretos guarda, aunque a mí las arcas grandes como ésta siempre me han parecido ataúdes.

—Sí, la verdad es que un cadáver cabe bien en una de éstas.

—No hablemos de eso. No sé qué me pasa, pero me estoy poniendo nerviosa. Recuerdo que la vez anterior que estuvimos aquí, cogimos miedo y salimos corriendo.

—¿Miedo, por algo concreto?

—Sí, fue Gwendoline.

—¿Qué pasó? —preguntó Jules, tratando de sacar a la luz los recuerdos de Denise.

—Yo estaba mirando el retrato y Gwendoline, que se había quedado aquí junto a la entrada, de pronto comenzó a chillar histérica y entró corriendo en el desván, cuando antes no quería entrar porque tenía miedo.

—Pero, le dio más miedo lo que vio en la escalera.

—Eso es.
—¿Y qué fue?
—Dijo que un ser horrible, de ojos grandes, asiáticos. Para ella fue como un fantasma alucinante.
—¿Llegasteis a verlo las demás?
—No.
—¿Pudo ser imaginación?
—Monique y yo pensábamos que se lo había imaginado porque no vimos a nadie, pero nos contagió su miedo y nos marchamos a la carrera.
—Por eso perdisteis el cachorro.
—Creo que tienes razón, fue porque nos marchamos corriendo, empujadas por el miedo.
—Ahora, veamos dónde estaba el cuadro de Alain Boese.
Se adentraron en el desván que ofrecía un aspecto fantasmal.
Denise se dio cuenta de que si Jules no estuviera a su lado, el miedo se habría apoderado de ella. Aquel lugar la impresionaba aún más que la primera vez. Era como si, de pronto, hubiera adquirido conciencia de que allí había algo maligno, algo que podía dañarla.
Pensaba que era muy posible que toda la culpa la tuviera el extraño personaje retratado por el desconocido Michel.
—¡Estaba aquí!
Señaló el lugar que recordaba. Allí no estaba el atril y tampoco el retrato que éste sostenía.
De pronto, un trueno hizo temblar los muros de piedra y los cristales vibraron. Les cogió tan de sorpresa que Denise, asustada, se abrazó a Jules. Éste le pasó las manos por la espalda y la acarició suavemente.
—Tranquila, esto es sólo la tormenta que estábamos esperando.
—¿La tormenta?
El trueno se repitió y la joven no pudo evitar un estremecimiento, por ello no hizo intención de deshacer el abrazo que les unía.
Con aquellos truenos y relámpagos, llegó la lluvia, una lluvia torrencial que golpeaba el tejado de la casona produciendo un ruido inquietante. Daba la impresión de que no podría aguantar y terminaría hundiéndose. Las vigas eran muy gruesas y posiblemente de milenaria madera de ciprés, pero llevaban allí siglos sosteniendo

el techo, pues no era un techo románico que se sustentara por el sistema de bóvedas con la piedra clave en su centro.

Jules inquirió:

—¿Seguimos buscando?

—Hemos venido para encontrar el cuadro y al pintor; sin embargo, ahora que estoy aquí…

—¿Qué? —preguntó Jules sin soltarla.

—Estoy arrepentida.

—¿De haber venido?

—Sí. Tengo miedo, no me gusta esto. La otra vez también tuve miedo, aunque Monique y yo nos escudamos en el miedo de Gwendoline.

—Las casas abandonadas siempre causan una desagradable inquietud, pero no sucede nada. Mantén tu mente limpia y no verás nada fantástico. Cualquier cosa que veas u oigas, analízala, mírala como un hecho natural y te sentirás mejor. El ruido de un trueno, de la lluvia torrencial, de una puerta que se cierra empujada por el viento, las vigas que crujen al aumentar o disminuir su tanto por ciento de humedad, los insectos que roen la madera… Todo tiene una explicación.

—¿Me da consejos el psicólogo o el investigador privado?

—Simplemente el hombre. Anda, vamos abajo, encenderemos una chimenea. Ahora que llueve, un poco de calor nos irá bien. Tampoco podríamos regresar a la urbanización con este terrible aguacero. Tenemos tiempo por delante.

—Sí, vamos abajo —aceptó Denise—. Pensé que sería fácil encontrar el retrato de Alain Boese en este tenebroso desván, pero ya no está, se lo llevaron.

Se dirigieron hacia la escalera. Al llegar a ella, la joven se detuvo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jules.

—Desde aquí lo vio.

—¿Te refieres a lo que me has contado de tu amiga Gwen?

—Sí, ella dijo que lo vio desde aquí, él estaba abajo. Dijo que era horrible y tuvo mucho miedo.

—¿No vería al guarda, simplemente?

—No, vio a otro personaje.

—En ese caso, podría ser Michel, el pintor.

—Es posible. ¿Dónde estará ahora Michel?

Como si estuvieran siendo escuchados, recibieron la respuesta de una carcajada, una carcajada que se propagó por los muros de toda la casa y que hizo que las manos de Denise se crisparan sobre el brazo de Jules. El miedo había vuelto a filtrarse en ella, hasta la médula de los huesos.

CAPÍTULO VII

El espíritu del pintor

—Si el guarda murió y por tanto no está aquí, sino hay nadie y esto no se trata de un truco electrónico, el que ha reído debe ser el pintor que estamos buscando —dijo Jules.

—Puede ser un demente, ¿verdad?

—Sí. No es incompatible ser un magnífico artista y al mismo tiempo un psicópata; pero, no temas, deja que yo vaya delante. Lo encontraremos y descubriremos la verdad de lo que aquí sucede.

Descendieron por la escalera. Fue entonces cuando Denise recordó:

—Las habitaciones rehabilitadas estaban por aquí.

—¿Dónde?

—Espera que haga memoria.

Denise echó a andar y Jules la siguió. Allí se oía menos el ruido de la lluvia golpeando sobre el tejado con rabia, como furiosa por no poder filtrarse en la casona.

Abrió una puerta y se encontró con una habitación vacía, fría, hostil.

—Ésta no es.

Denise abrió otra puerta.

La luz que penetraba por la ventana era escasa, pero ambos comprendieron de inmediato que aquélla era la estancia que buscaban.

Un perro la habría encontrado antes que ellos por el olor de la pintura al óleo. Un relámpago iluminó la estancia bruscamente y Denise volvió a cogerse del brazo de Jules.

Aquélla era la guarida del pintor.

Había cuadros por todas partes. Recubrían las cuatro paredes y hasta en el techo habían sujetado lienzos, todos ellos sin enmarcar y reflejando idéntico tema: En todos se reproducía la imagen del extraño y maligno personaje de los cabellos rubios y ojos de felino, de sonrisa malvada y la capa negra con la cadena de oro y el broche con la letra L.

Ninguno de los retratos era repetido pese a tener la misma temática, pues estaba tomada a distinta distancia, en otra postura o con un encuadre diferente de fondo y lugar.

Todos representaban al mismo personaje, todos salvo uno que se hallaba sobre la cabecera del lecho.

—¡Es él, es él!

Denise señalaba el retrato con su dedo y la mano extendida.

Jules acomodó su vista a la penumbra de la estancia y se fijó en el retrato de lo que parecía un monje sin serlo.

—¿Quién es?

—Alain Boese, el pintor que desapareció hace más de trescientos años.

—Pues, está claro que es el maestro predilecto del tal Michel.

Jules se acercó a la cama y la tocó, observándola con la actitud propia de un profesional de la investigación.

—Ha dormido aquí no hace mucho —dijo—. No andará lejos.

—¿Qué significa todo esto, Jules?

—Lo ignoro, pero procura no dejarte impresionar demasiado. Tú debes estar acostumbrada a ver gran cantidad de cuadros, ¿no es cierto?

—Sí, mi tío tiene muchos, pero hasta ahora, que yo sepa, no los ha clavado en el techo como aquí.

—Quizás el tipo que ha dormido aquí deseaba verlos hasta cuando estuviera acostado. Se debe sentir bien rodeado de todos estos retratos.

—¿Cómo puede sentirse a gusto?

—Porque quizás está perturbado. Un ser normal no dormiría tranquilo en una alcoba como ésta, sintiéndose observado por esos ojos de felino, ojos inhumanos pero que parecen tener vida. Aunque una persona esté dormida, basta que la observen con mucha fijeza para que despierte. Las miradas concentradas y persistentes tienen

más poder de lo que suele imaginarse, aunque la ciencia todavía no logre explicar este fenómeno que, además, es reproducible. Y no sólo eso, sino que la mirada intensa reflejada en un cuadro que posea la calidad pictórica de éstos, también produce inquietud.

—No me gusta esto —confesó Denise con voz ahogada—. Tengo la sensación de que tiene algo de ceremonial satánico. Me da miedo, y no me avergüenza confesarlo. Creo que deberíamos marcharnos.

—¿Después de investigar?

—Le diré a mi tío que es cosa de un demente. Además, desde un punto de vista artístico tampoco tiene demasiado interés, siempre pinta a ese ser con ojos de felino.

—Sí, es evidente que siempre pinta lo mismo aunque de distinta manera, pero eso, que yo sepa, también lo hacen otros pintores.

—No creo que estén tan obsesionados por el personaje como éste. Vámonos, él debe estar por aquí.

Varios relámpagos más iluminaron aquella estancia obsesiva que quedó con la puerta abierta.

Denise y Jules descendieron por la escalera. Afuera, la lluvia seguía cayendo torrencial sobre la casona.

—A pesar de llevar impermeables, tendremos que esperar a que la lluvia amaine —advirtió Jules.

Los truenos y relámpagos caían allí mismo, la casa temblaba, pero sus muros estaban lejos de desmoronarse. Debían haber resistido muchas tormentas como aquélla y también peores.

—Jules, Jules, se está riendo otra vez…

—Sí, le oigo. Si no es un truco hecho con un magnetófono, ese tipo debe andar por aquí y como no nos podemos marchar, vamos a buscarlo.

—Espera, Jules, puede ser peligroso.

—Hasta ahora, que yo sepa, lo único que ha hecho es pintar cuadros, puede ser un maníaco de tipo pacífico. —Anduvo hacia un oscuro corredor—. Creo que las carcajadas vienen de aquí.

Vieron varias puertas. Denise señaló una de ellas al ver luz por debajo de la misma.

—Está ahí dentro.

—Sí, está ahí. Ponte a un lado, voy a abrir.

Aquella estancia era la vieja biblioteca, húmeda, nauseabunda, iluminada ahora por dos grandes candelabros de hierro forjado con

cinco velas cada uno.

La mesa que en otro tiempo estuviera centrada se hallaba apartada contra los anaqueles, y en el centro había un gran atril de pintor. Sujeto a él, un lienzo también grande.

Frente a él había un hombre vestido con un viejo sayal con capucha de color pardo.

Una barba rala cubría en parte aquel rostro con redondez de luna. Su cabello era lacio y escaso, sus orejas grandes e implantadas demasiado bajas.

Los ojos, muy separados, tenían un aire asiático y la nariz era chata. Aquel hombre sostenía un pincel en su mano.

Sobre la mesa había muchas pinturas, algunas de ellas demasiado extendidas, no se había preocupado de limpiar nada.

Denise quedó un paso más atrás que Jules.

—Hola. ¿Es usted Michel? —preguntó Jules dispuesto a demostrarle que no le tenía miedo.

—Soy Alain Boese —respondió con voz profunda.

Nerviosa, Denise le rebatió:

—No es cierto. Alain Boese murió hace más de trescientos años.

El personaje, su entorno, la preocupaban y dedujo que lo que estaba pintando sería un nuevo cuadro sobre el maligno ser con ojos de gato.

—Murió su cuerpo mortal, pero no su espíritu. El espíritu nunca muere —dijo el pintor, siempre con voz lenta.

Jules Scier, como sabiendo muy bien en qué forma llevar adelante aquella situación, se atrevió a preguntar, con gran sorpresa de Denise:

—¿Y tú antes eras un hombre llamado Michel?

El extraño ser del sayal pardo asintió.

—Sí.

Denise miró a Jules interrogante, como esperando su opinión sobre tan extraña situación.

Capítulo VIII

La reencarnación

—¿Qué le parece si me explica un poco mejor lo sucedido? —preguntó Jules en tono amigable, sin dejarse ganar por el impresionante aspecto de aquel personaje que parecía surgido del pasado, iluminado por dos candelabros y dentro de una húmeda biblioteca donde los anaqueles estaban casi vacíos de libros.

—El espíritu nunca muere.

—Sí, es lo que sostienen muchas religiones, diría que la mayoría —admitió Jules siempre amable, tratando de ganarse la confianza de aquel hombre que, sin duda alguna, era muy joven pese al aspecto sucio y desaliñado que ofrecía. La luz de las velas aumentaba la impresión de abandono.

—Vosotros sois unos intrusos, debéis marcharos.

Antes de que Jules o Denis pudieran decir nada, se escuchó el aullido prolongado y lastimero que brotó de la garganta del pastor alemán que se hallaba fuera de los muros de la casona.

—Nos marcharemos, claro que sí, sólo queríamos interesarnos por tu magnífica pintura. Sabemos que pintas retratos como los mejores artistas de todos los tiempos y nos gustaría saber quién te enseñó.

—No me enseñó nadie, pero gozo de la protección del Príncipe.

—¿Qué Príncipe?

En lugar de responder, el enigmático personaje dijo:

—Tú puedes marcharte. Ella, que se quede.

—Ah, sí, claro, yo me iré y ella se quedará.

—¡Jules!

—No te preocupes, mujer. Después de todo, hay que esperar a que amaine la tormenta. —Se fue acercando al atril lentamente, como para ganarse la confianza del singular pintor—. Por cierto, ¿cuándo te diste cuenta de que ya no eras Michel y que te convertías en Alain Boese?

—Cuando arrojé a la mujer al interior del pozo de los espíritus del infierno.

—¿Qué mujer? —preguntó Denise, muy asustada.

—Era tu amiga, se llamaba Gwendoline.

—¡No! —Denise se tambaleó.

—Ella estuvo merodeando la casa. Yo no quería hacerle daño, pero ella estaba fuera de sí y le golpeé la cabeza. Sangró, sangró mucho por los ojos. En aquel tiempo, yo era Michel y tuve miedo, pero hice lo mismo que Hugo.

—¿Y qué hizo Hugo? —Gruñó Jules.

—Tirar el cadáver al pozo.

—¿Y dónde diablos está ese macabro pozo?

—En el patio, muy cerca. Dentro anidan los espíritus de los muertos que se debaten en el infierno.

—¿Y dices que el guarda también echaba cadáveres dentro de ese pozo?

—Sí, y ahí abajo estaba mi espíritu.

—¿Y cómo saliste del pozo? —continuó preguntando Jules, hablándole como si tratara con un loco al que no deseaba provocar, sino seguirle la corriente.

—El propietario de esta casa me quemó aquí porque fornicaba con su esposa y con su hija, yo las tenía embrujadas con la ayuda del Príncipe; pero un día, el dueño de estas tierras, ayudado por gente que le obedecía, quemó el cuerpo de Alain Boese. Recogieron sus cenizas y las arrojaron al interior del pozo de los espíritus donde hay un agua que no se puede beber porque en sí misma lleva la muerte.

»Michel arrojó el cadáver de Gwendoline al pozo y de él surgió mi espíritu en forma de nube, introduciéndose en este cuerpo que veis, el cuerpo de un ser apartado de los demás por idiota, un ser que fue traído hasta este solitario lugar por sus propios padres que no deseaban seguir viéndolo cerca.

»Michel tenía una mente débil, muy débil, y eso era lo que yo

necesitaba para apoderarme de un nuevo cuerpo en el que revivir dentro del mundo de los mortales.

Denise seguía quieta donde estaba, sin atreverse a entrar en la biblioteca.

Jules, paso a paso, seguía avanzando con disimulo hacia el pintor, hacia el atril donde había un lienzo grande puesto en vertical.

—¿Y ese ser cuyo retrato repites es el que llamas el Príncipe?

—Sí, es él.

—Déjame ver. Es posible que este último cuadro que estás haciendo aún sea mejor que los anteriores.

—Éste no es Luzbel —le advirtió con lentitud, echándose hacia atrás para que Jules se colocara delante del lienzo y pudiera verlo.

—¡No! —exclamó Jules, terriblemente sorprendido.

Acababa de ver el retrato que el reencarnado Alain Boese estaba pintando, un retrato inacabado. Allí estaba Denise, la bellísima Denise.

Su cuerpo desnudo, hermoso y sensual, de una rabiosa juventud, estaba siendo el motivo para aquella obra de un gran artista de los pinceles, pero el retrato de la muchacha tenía una variante de la realidad: Los ojos eran de gata, ojos de pupilas estrechas y verticales. La estaba convirtiendo en una humana bestial.

—Ella será el regalo que yo ofrezca a mi protector el Príncipe. Ella se transformará en lo que yo pinte y el Príncipe la tomará entre sus brazos y gozará de su cuerpo mortal.

—Pero ¿no te das cuenta de que todo esto es una lo…?

No pudo acabar la frase.

Del interior de su ancha manga, Michel, que ahora se identificaba como el desaparecido brujo y pintor Alain Boese, había sacado un puñal tan antiguo como el propio sayal que encontrara en el desván, y lo hundió en el cuerpo de Jules que al sentirse herido de gravedad, se echó hacia atrás y cayó, derribando el lienzo y el atril.

Denise, sobrecogida por lo que estaba presenciando, no sólo vio a Jules caer herido por la traicionera puñalada, sino que también vio su propia imagen plasmada en el lienzo, inacabada pero ya muy sugestiva e identificable.

Al parecer, lo que primero había querido terminar en el singular

retrato eran los extraños ojos inhumanos.

—¡Loco asesino!

—No puedes marcharte ahora. Te quedarás aquí hasta que acabe de pintarte y así te entregaré a mi Príncipe y protector.

Jules se había quedado muy quieto en el suelo, encogido sobre sí mismo. Cuando Alain Boese avanzó hacia la puerta, trató de cogerle por una pierna para impedírselo, mas no lo consiguió y el asesino fue tras Denise, la cual corrió hacia la puerta de salida.

Mas, unas fuerzas desconocidas actuaron cerrando la puerta con violencia, impidiéndole escapar.

—¡No saldrás de aquí! ¡El me ayuda porque al final serás suya! ¡Yo haré que tus ojos sean como los de él!

—¡No! —gritó Denise, huyendo despavorida por el interior de la casona.

Abría puertas y luego se echaba hacia atrás al ver que sólo encontraba estancias cerradas y oscuras. Si entraba en ellas, se convertirían en trampas de las que ya no podría escapar.

Alain Boese iba tras ella y en su mano portaba él puñal manchado de sangre.

Abrió otra puerta y vio la lluvia ante ella, como una inmensa cortina. Miró hacia atrás. Alain la seguía, la seguía riéndose con carcajada de psicópata.

Denise saltó al patio claustral en cuyo centro estaba el siniestro y maléfico pozo.

—No tienes escapatoria, mujer. Si te lanzas al pozo, caerás en los brazos de él. Es puro fuego, arderás en él y si le complaces, hasta podrás llegar a tener poderes.

—¡Está loco, loco! —gritó Denise.

Al darse cuenta de que al caminar hacia atrás iba al pozo, se detuvo. Miró a su alrededor y vio más puertas, pero sólo una de ellas estaba abierta; era por la que acababa de entrar el temible pastor alemán.

—¡«Petit», «Petit», ayúdame! —suplicó.

El perro avanzó interponiéndose entre ambos. Su cabeza se movió de un lado a otro, vacilando confuso, como no sabiendo de qué lado ponerse.

—¡Apártate, bestia sucia! —ordenó el pintor reencarnado en el cuerpo de un mongólico.

—¡«Petit», ayúdame! —sollozó Denise que se sentía acorralada. Su *chandal* rosa fucsia estaba empapado de agua.

El pastor alemán mostró sus grandes colmillos amarillentos mientras lanzaba un gruñido de advertencia, encarado con Alain Boese, si es que así podía llamársele.

—¡Aparta, bestia inmunda, fuera, fuera!

El perro dio un salto sobre el hombre, tratando de alcanzarle el cuello, y comenzó una lucha feroz.

El puñal se hundió en el cuerpo del pastor alemán, pero éste logró alcanzar el cuello del hombre con sus colmillos y la sangre salpicó alrededor.

Ambos cayeron al suelo cubierto de barro y rodaron bajo la lluvia. Gruñidos, dentelladas, puñaladas, sangre que se disolvía en el barro. Denise se quedó quieta como paralizada.

La pelea entre el hombre joven armado con un puñal y el gran pastor alemán, no se prolongó. El hombre había quedado casi descabezado por las dentelladas recibidas en la garganta y el perro, materialmente cosido a puñaladas, gemía agonizante.

Denise hubiera deseado alejarse de allí corriendo, pero al ver que el asesino yacía en el suelo, ya inmóvil, y que el pozo maldito estaba cerca, se aproximó al cadáver. Cogiéndolo por los pies, lo arrastró hasta situarlo junto al brocal. Siempre bajo la lluvia torrencial, lo subió hasta el agujero del pozo y allí lo empujó hasta dejarlo caer en su interior.

En vez de escuchar el ruido del cuerpo al caer al fondo, se oyó algo distinto, como una voz infrahumana que rugía. El hedor aumentó de forma insoportable y una columna de humo amarillento brotó del interior del pozo.

Denise se apartó y llegó hasta el perro que la miró sin animosidad.

—«Petit», «Petit», gracias, gracias.

Le cogió la cabeza y lo abrazó contra sí. El animal gimió ahogadamente hasta que quedó quieto. Sus ojos se cerraron mientras la lluvia empapaba el abundante pelaje.

—«Petit», «Petit», pobre «Petit»… —Lo arrastró hasta dejarlo junto al pozo maldito y entre lágrimas suplicó—: Quédate, quédate aquí para siempre. No dejes que vuelva a salir nunca más.

Abandonó el cadáver del perro junto al pozo, dejándolo como

guardián de lo que parecía una puerta del averno.

Chorreando, Denise regresó al interior de la casa. Encontró a Jules de pie, apoyado contra la jamba de la puerta.

—Jules, Jules, ¿cómo estás?

—Estoy herido, pero creo que no es mortal. ¿Y él?

—Lo ha matado el perro, está dentro del pozo. Vámonos, vámonos de aquí.

—Espera, espera… Que sus maléficas intenciones no consigan realizarse jamás.

Sin apartar su mano de la herida, Jules entró de nuevo en la biblioteca. Tomó uno de los candelabros y aplicó las llamas de las velas al lienzo que prendió enseguida.

La imagen de Denise con ojos de felino se llenó de llamas y a ambos les pareció que el rostro de la pintura se contraía de dolor, como si hubiera comenzado a cobrar vida.

—¡Salgamos de aquí, Jules, salgamos!

—El maldito brujo reencarnado tenía poderes.

Sin soltar el candelabro, salieron de la biblioteca donde las llamas y el humo aumentaron. Ya en el salón, Jules le entregó el candelabro pidiéndole.

—¡Prende fuego a los cuadros del diablo, préndeles fuego!

—Sí, sí.

La muchacha fue aplicando las llamas a los distintos óleos colgados de las paredes y toda la casona semejó rugir de rabia mientras las llamas crecían adueñándose de todo.

Denise terminó arrojando el candelabro al suelo y ambos salieron de la casona.

Las ocas, en bandada, se alejaron hacia el bosque, huyendo también del siniestro lugar.

La lluvia les impedía avanzar con rapidez. Volvieron sus miradas atrás y vieron que las llamas se apoderaban de toda la casona. Salían por las ventanas mientras columnas de humo no conseguían ganar altura porque la lluvia lo impedía.

—¡Hemos de llegar pronto a un hospital!

—Sí, sí —asintió el propio Jules—, pero no expliques como ha sido. Diremos que hemos sido atacados por unos desconocidos que intentaron robarnos.

—Sí, sí, lo que tú quieras.

Llegaron al río. Cruzarlo no fue fácil, el agua descendía torrencialmente.

—¡Jules, no vas a poder!

—¡Apártate, apártate y verás cómo puedo!

Para no vacilar, tomó una pequeña carrerilla y consiguió saltar al otro lado.

Allí se abrazaron mientras la tormenta cedía con rapidez y el cielo parecía que fuera a abrirse para dejar paso al sol entre las nubes.

En París, en la galería Néroli, seguía colgado un retrato del príncipe protector de Alain Boese…

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts

Notas

[1] El nombre científico de esta seta que emite luz es: *Armillaria sellea* (N. del A.). <<